

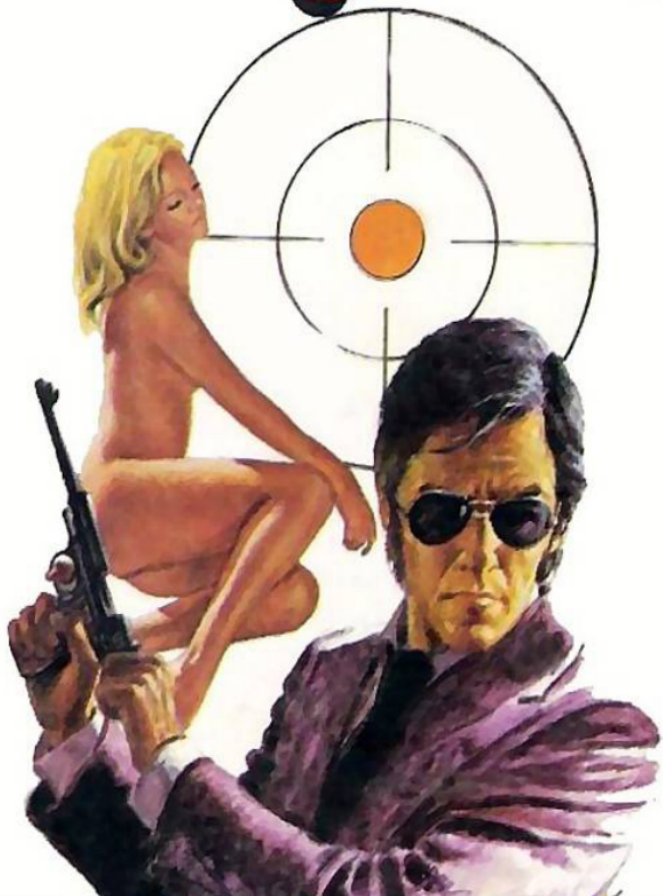
BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

LA MUERTE DE TOM NOLAN

Clark Carrados



SOLO MAYORES DE **18** AÑOS



SERVICIO SECRETO



CLARK CARRADOS

LA MUERTE DE TOM NOLAN

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.630

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.765 - El maldito Turner.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.623 - Ira, fuego y destrucción.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.658 - Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 - Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 - Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

626 - Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 - El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635 - Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 - Contratados para morir.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL.

66 - Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

1.014 - El hombre del monóculo negro.

En Colección COLORADO:

1.069 - Unidos por el odio.

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 28.119 -1981
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: noviembre, 1981
© Clark Carrados - 1981

texto
© Fabá - 1981

Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, sería simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1981

CAPÍTULO PRIMERO

Dejó el coche en el garaje subterráneo y avanzó unos pasos, haciendo saltar las llaves en la palma de la mano. Tom Nolan se volvió unos segundos después y contempló sonriente y orgulloso el automóvil que se había comprado apenas hacía una semana. Sí, podía sentirse satisfecho de la vida. Había dado con una buena mina, la estaba explotando a fondo y parte de los beneficios habían sido invertidos en aquel lujoso Mercedes descapotable, de color rojo guinda, en el que no faltaba el menor detalle.

—Esto es vida —murmuró, mientras las llaves continuaban tintineando en su mano.

El traje que vestía era caro, hecho a medida, lo mismo que los zapatos. La corbata era de seda, importada, y el reloj era de oro, lo mismo que la pulsera. Nolan había encontrado una mina poco menos que inagotable y la estaba explotando concienzudamente.

Silbando suavemente, avanzó hacia el ascensor que le llevaría hasta el lujoso ático en que residía desde hacía algún tiempo. Ahora, pensó, se serviría una copa de lo mejor... Estaba un poco aburrido; podía llamar a una muñeca para que le amenizase la velada. Aunque quizá no resultase conveniente, ya que el otro día tenía que realizar una serie de entrevistas que podían proporcionarle más adelante frutos muy sustanciosos, que se reflejarían en su notable incremento de su cuenta corriente.

Pensando en lo agradable que era la vida con dinero en abundancia, llegó al ascensor y presionó el botón de llamada. La puerta se abrió segundos más tarde y Nolan entró en la caja que le llevaría hasta lo más alto del edificio.

Entonces fue cuando oyó la voz que pronunciaba su nombre:

—Tom... Tom Nolan...

El sujeto giró en redondo, cuando ya iba a presionar el botón de arranque. Vio la negra boca de la pistola y empezó a chillar, pero

no tuvo tiempo.

La voz y la pistola fue lo último que Tom Nolan oyó y vio en este mundo. El arma tenía silenciador y no hizo ruido. Nolan fue lanzado hacia atrás por el proyectil que le había alcanzado casi en el centro de la frente, un poco sobre la ceja izquierda. Chocó contra la pared opuesta, resbaló, quedó sentado y ya no se movió.

La puerta del ascensor se cerró y él empezó a subir hasta el séptimo piso, llamado por la señora Frampton. La señora Frampton estaba muy nerviosa, porque estimaba que iba a llegar tarde al teatro.

—Los chistes ponen siempre que son las mujeres las que tardan en arreglarse —dijo refunfuñando, mientras su marido, a su lado, soportaba impávido el chaparrón de dicterios que le lazaba su irritada cónyuge—. Pero yo estaba ya lista, con el tiempo necesario, para llegar sin agobios y entonces has tenido que ser tú el que te pusieras a hablar con tu amigo Henry, de no sé qué tonterías...

—Son las tonterías que te permiten a ti ir al teatro, tener dos coches, vivir en una casa de lujo y tener un apartamento en la montaña —contestó flemáticamente el señor Frampton—. Y lo que me ha dicho mi amigo Henry me permitirá...

—No sigas, no quiero oírte una disculpa más —cortó ella furiosamente—. Podías haber discutido el asunto mañana, en horas de trabajo, ¿no?

El señor Frampton se encogió de hombros. No tenía sentido continuar la discusión. Además, era por un motivo sin importancia. Dejaría que fuese ella la vencedora. Otra cosa sería si se tratase de algo grave. Pero así, su esposa se sentía mucho mejor. ¿Por qué no darle ese pequeño capricho?

El ascensor llegó y se abrieron las puertas. Entonces, la señora Frampton observó, con no poco disgusto, al hombre que estaba sentado en el suelo, con la cabeza ligeramente ladeada y algo doblada sobre el pecho.

—¡Lo que nos faltaba! ¡Un borracho que se ha quedado a dormir la mona en el ascensor! No sabemos adónde iremos a parar con estas horribles costumbres, cuando la gente ya no tiene respeto a nada ni a nadie... ¡Me quejaré al administrador, sí, señor, y le pondrá de vuelta y media...!

El señor Frampton puso una mano en el brazo de su esposa.

—Querida, cierra el grifo. Y despédete del teatro —dijo.

—¿Yo? ¿Dejar de asistir, por un miserable borracho...?

—No está bebido, está muerto.

La señora Frampton se fijó entonces en la sangre que manaba del agujero abierto por la bala y lanzó un chillido que hizo retemblar el edificio. Su esposo, que no había perdido la calma un solo instante, giró en redondo y volvió a su apartamento, para llamar a la Policía.

El coche se le cruzó tan inesperadamente que, de no haber tenido reflejos rápidos, se hubiese producido una fuerte colisión. Aun así, Jeffrey Buzz Barnes no pudo evitar que su guardabarros izquierdo resultase levemente dañado por el roce con el otro vehículo, cuya conductora frenó un poco más adelante, como si se hubiese asustado de la falsa maniobra que acababa de realizar.

Barnes la vio apearse y procuró dominar la rabia que sentía. No tenía especiales prejuicios contra las mujeres que conducían, sino hacia los conductores imprudentes, cualquiera que fuese su sexo. Y aquella dama había estado a punto de provocar un serio accidente.

Ella se acercó, taconeando vivamente. Parecía hermosa, aunque usaba unas grandes gafas de color, que ocultaban buena parte de su rostro. Además, usaba un pañuelo que envolvía su cabeza por completo, sujeto a la barbilla por un nudo.

Pero no podía ocultar las líneas opulentas de un cuerpo netamente femenino. Sonreía cuando se acercó al todavía inactivo Barnes.

—Le ruego me dispense, caballero —dijo ella—. La culpa ha sido mía por completo y estoy dispuesta a reparar los daños que le he ocasionado. No sé cómo disculparme...

Barnes sonrió. No tenía sentido enzarzarse en una discusión que no iba a servir para nada.

—Ya se ha disculpado; es suficiente, señora —atajó.

—Gracias, pero yo lo estimo así. —Ella abrió su bolso y sacó una tarjeta de visita—. Aquí tiene mi nombre y mi dirección. Tenga la bondad de enviarme la factura del taller cuando hayan reparado su coche.

—Pero, si no es nada...

—Insisto —exclamó la mujer—. Ya veo que sólo es una rozadura, pero el conjunto desentona. Le enviaré un cheque

inmediatamente haya recibido la factura; además, así nos evitamos el papeleo con las compañías de seguros. ¿Le parece bien?

—Si tanto se empeña... —Barnes cogió la tarjeta y la leyó rápidamente—. Gracias, señora Grent —añadió.

Ella sonrió deliciosamente. No tendría treinta años, calculó él.

—Es usted muy amable, señor...

—Barnes, Jeffrey Barnes.

—De nuevo, muchas gracias. Adiós, señor Barnes.

La joven se marchó. Barnes se abanicó un momento con la tarjeta de visita.

—Bueno, podía haber sido peor —murmuró.

La joven se llamaba Rheba y, según la tarjeta, vivía en los apartamentos Marnley Place. «Buen sitio, sí, señor», pensó Barnes.

Al cabo de unos segundos, arrancó y continuó su ruta. Un cuarto de hora más tarde, empezó a buscar sitio para estacionar el coche. Encontró un hueco y, cuando quitaba las llaves de contacto, vio el de Rheba treinta metros más adelante.

Rheba estaba en el automóvil y se marchó casi en el acto. Barnes meneó la cabeza.

—Sí que es coincidencia —murmuró.

Luego se apeó y contempló la lujosa residencia que se hallaba situada en lo alto de una pequeña loma y rodeada por un extenso parque, cuyos límites alcanzaban a la acera junto a la cual se había detenido.

El jardín estaba rodeado por una sólida valla de hierro, con puntas en los remates de cada reja y el conjunto se apoyaba en una tapia de mampostería de metro y medio de altura. La casa apenas si se divisaba, a causa de los árboles que la rodeaban.

—Eso no es precisamente una tienda de campaña —murmuró, mientras se acercaba a la verja.

Tocó el timbre. Por encima de su cabeza se movió una cámara de televisión.

—Su nombre, por favor —dijo una voz impersonal, a través de un micrófono invisible.

—Barnes. Estoy citado con la señora Matton.

—Señorita —corrigió la voz—. Entre, por favor.

La verja se descorrió silenciosamente a un lado. La voz añadió:

—No use el coche; siga el sendero, señor Barnes.

El joven echó a andar. Segundos después, vio un cochecito eléctrico que descendía por el sendero central.

Estaba pilotado por un hombre, correctamente vestido de negro, con cuello duro y pajarita negra.

—Soy Hubner, el mayordomo, señor Barnes —se presentó—. Tenga la bondad de acomodarse; la señorita le está aguardando en la terraza.

—Gracias, Hubner.

El coche viró en redondo y acometió la cuesta. Momentos más tarde, se detenía en una vasta explanada, en la que se veían algunos muebles de terraza, con un par de sombrillas. Había una enorme piscina, con surtidor lateral, y en ella estaba nadando una mujer.

Ella vio al recién llegado, se dirigió hacia la escalera que permitía la salida de la piscina, trepó ágilmente y recogió una toalla que había encima de una silla. Se secó con unos cuantos movimientos, tomó una bata corta, se la puso y avanzó hacia Barnes.

—Soy Elynor Matton —dijo.

Era una joven alta, de hermosa silueta, pelo castaño y ojos muy claros, con pupilas de gato, apreció el visitante. Había decisión y firmeza en la mirada, pero también otro sentimiento que no supo apreciar en aquellos instantes.

—Encantado —dijo Barnes sobriamente.

Elynor tendió una mano.

—Siéntese, por favor —invitó—. Hubner, ¿quiere servirnos café? Luego déjenos solos, por favor.

El mayordomo se inclinó respetuosamente.

—Al momento, señorita.

Elynor abrió una cigarrera y ofreció al visitante. Encendieron sendos cigarrillos y permanecieron en silencio hasta que el mayordomo llegó con la bandeja. Elynor llenó las tazas y miró a Barnes fijamente.

—Seguramente está preguntándose por qué le he llamado —dijo.

—No lo dude —sonrió él—. Pero sé que me lo va a explicar muy pronto.

—Ahora mismo y en pocas palabras. Señor Barnes, estoy en un serio compromiso. Alguien quiere hacerme chantaje y me pide nada menos que un cuarto de millón por su silencio. Quiero que usted

encuentre al chantajista y le convenza de que está equivocado.

—Es decir, que pierde el tiempo con usted, puesto que no piensa pagar.

—No es eso exactamente... —Elynor se agitó, muy nerviosa—. La verdad es que... Bien, señor Barnes; estoy comprometida para casarme con un hombre al que amo sinceramente. Si esta historia se hiciese pública, mi boda se desharía en el acto. La familia de él no me quiere, ¿comprende? Son una gente muy estirada, presumen de ser descendientes de los primeros colonizadores del país y jamás se han mezclado con gentes inferiores.

—Y usted, para ellos, lo es.

—Sí, porque mis antepasados sólo hace veinte años que llegaron a los Estados Unidos, en tanto que los de mi prometido vinieron a este país hace casi trescientos cincuenta años y, además, uno de sus antepasados tenía título de nobleza y, aunque se perdió con el correr de los tiempos, ellos siguen considerándose tan aristócratas como si vivieran todavía en la corte de Londres.

—Bueno, pero eso tiene poco que ver con el chantaje, en mi opinión...

—Sí tiene que ver porque, además, y esto es lo sorprendente, yo no soy la persona que ha cometido las supuestas faltas que me achaca el rufián que me pide los doscientos cincuenta mil dólares.

Barnes, parpadeó.

—Usted... no es...

—Debe de tratarse de una confusión, sin duda. Mi nombre y apellido no son demasiado comunes, aunque estimo que quizá exista en alguna parte una parienta lejana que se llame igual que yo. En resumidas cuentas, ni me he fotografiado desnuda, ni me han impresionado en actitudes pornográficas ni he escrito cartas comprometedoras a nadie ni tampoco he tomado parte en asuntos de drogas, hechos por los cuales el chantajista me pide el dinero a cambio de su silencio.

En los labios de Barnes se dibujó una tenue sonrisa.

—¿Sabe una cosa, señorita Matton? El chantajista se ha confundido con usted, pero usted se ha confundido conmigo, porque no soy detective privado ni nada que se le parezca remotamente de lejos —contestó.

Elynor abrió la boca, estupefacta.

—¿Usted no...? Pero sí vi su nombre en la guía telefónica...

—Lo siento. También es una confusión muy parecida a la suya. En este mundo, a veces, se producen coincidencias increíbles. Usted ha hablado de una pariente lejana. A mí me pasa lo mismo. Mi primo, es decir, el hijo de mi tío Arthur, se llama Jeffrey Barnes y él era el detective privado, pero dejó el oficio porque se marchó de la ciudad. Yo vine aquí y ocupé su apartamento. Como nos llamamos igual, no me ocupé de cambiar el teléfono ni la inscripción en la guía, cuyo contrato termina este mes. De modo que, sintiéndolo mucho, no puedo hacer nada por usted, señorita Matton.

—Pero... entonces... ¿a qué se dedica, señor Barnes? —preguntó Elynor, todavía desconcertada.

—Soy asesor jurídico de una importante empresa y, además, pienso establecerme por mi cuenta. Cuando acudí a su llamada, pensé que se trataría de algo relacionado con mi empresa, pero nunca sospeché que usted querría encomendarme una investigación.

—¡Dios mío! ¿Qué voy a hacer yo ahora? —se lamentó la joven.

—Le daré un consejo, señorita Matton. Afronte la situación, hable con su prometido; dígame que todo es un error y que está dispuesta a soportar el escándalo antes que pagar un solo centavo al chantajista. Si su novio la ama verdaderamente, se pondrá de su lado. Y si no lo hiciera así, es que no es digno de ser su esposo.

Barnes se puso en pie y sonrió.

—Lamento habernos conocido en circunstancias tan poco agradables, pero sé que es usted mujer enérgica y no se dejará atropellar por un rufián sin escrúpulos. Adiós, señorita Matton.

Elynor no contestó. Parecía abrumada por su situación.

—Pero ¿qué puedo hacer yo? —se preguntó él, cuando ya se hallaba de nuevo en su coche.

CAPÍTULO II

Llamaron a la puerta. Barnes estaba examinando unos documentos y torció el gesto, porque no esperaba visita alguna y le desagradaba ser interrumpido en un trabajo que sabía que era muy importante. Resignándose, dejó a un lado los papeles, se puso en pie y caminó hacia la puerta.

Al abrir, vio a un hombre en el umbral.

—Soy el teniente Rexford, de Homicidios —se presentó el sujeto, a la vez, que enseñaba una placa—. ¿Puedo hablar con usted, señor Barnes?

—No he matado a nadie ni he sido testigo de un asesinato —contestó el joven.

—No —contestó Rexford, hombre de unos cuarenta y cinco años, bajo, achaparrado y de expresión astuta y socarrona—. Pero conocía a Tom Nolan.

—¿Tom Nolan? Jamás he oído mencionar ese nombre en mi vida, teniente.

—Vamos, vamos, Barnes, no me venga con evasivas —dijo el policía—. Usted conocía a...

Barnes ladeó la cabeza.

—Entre, teniente, y maldiga conmigo a mi primo el calavera —sonrió—. Un hijo de un hermano de mi padre que, para desgracia de la familia, se llama igual que yo y que se marchó de la ciudad hace algunas semanas. Si era a ese Barnes al que buscaba, detective privado, ha perdido el tiempo.

Rexford dio un respingo.

—Usted no...

—Tengo mi documentación en regla —dijo Barnes—. Si le interesa, puede pedir referencias mías a la Battersea Lyngle Truck, empresa de la que soy asesor jurídico. Además, y por lo que sé, todo detective privado debe tener licencia de la policía. En sus archivos,

teniente, habrá algo referente a mi primo y encontrará que tiene seis años más que yo, ha perdido la mayor parte de su pelo y pesa unos cien kilos. ¿Le apetece un traguito?

—Dios... —murmuró el policía—. Vaya plancha, señor Barnes. Nunca. Nunca me imaginé...

—No es usted el único —sonrió el joven—. Pero no le reprocharé la confusión. Y, a propósito, ¿qué pasa con ese tal Tom Nolan, al que conocía mi primo?

—Lo asesinaron hace dos días.

—Oh... ¿Algún pájaro de cuenta?

—Se dedicaba al chantaje. No es que sea una pérdida digna de ser llorada, pero un asesinato es un asesinato y tenemos el deber de encontrar a su autor.

—Claro, claro. Usted, sin duda, pensó que yo... es decir, mi primo...

—Nolan era un chantajista de lo fino, de lo mejorcito en su especie. Nunca se dedicaba a cosas sin importancia, como sacar cincuenta dólares un pobre desgraciado que hubiese infringido alguna ley de tráfico o cosas así, sino que actuaba en asuntos de gran envergadura. Ahora bien, los tipos como Nolan terminan casi siempre de mala manera; alguien se harta de pagar o piensa que no debe hacerlo o no tiene el dinero que le piden...

—Y se compra una pistola y lo liquida.

—Exactamente.

—Pero ¿qué tenía que ver mi primo con ese chantajista?

—Nolan en tiempos fue periodista, pero lo expulsaron por lo que podríamos denominar, benévolamente, conducta deshonestas. Muchas veces, conseguía buenos reportajes, pero los callaba si perjudicaban al interesado y le podía sacar dinero. Alguien, una vez, se quejó al director del periódico y lo pusieron de patitas en la calle.

—Y ahí es donde aprendió el oficio de chantajista.

—Sí, señor —contestó Rexford—. Como nosotros, los policías, los periodistas tienen sus confidentes. Nolan pensó que podía ganar mucho dinero explotando el negocio...

—Y, sin duda, mi primo era uno de sus confidentes.

—Lo sospechamos, porque se les vio juntos en más de una ocasión. ¿Dónde está ahora su primo, señor Barnes?

—Casi no hablamos de su viaje; puede decirse que él salía y yo entraba en el apartamento. Hicimos el acuerdo por teléfono, para quedarme yo a vivir aquí, claro; pero todo lo que me dijo era que se iba una temporada muy larga al extranjero. Mencionó el Brasil y eso es todo lo que sé.

Rexford suspiró.

—Lo siento. Señor Barnes, tendrá que disculparme...

—Oh, no vale la pena. No se preocupe, teniente. Ha dicho que Nolan era un chantajista de lo mejorcito en su clase.

—Bastante bueno, pero lo han asesinado y...

—¿Qué, teniente?

—El asesino registró su apartamento y lo dejó absolutamente limpio en lo que se refiere a documentos. No ha dejado ni siquiera un impreso de propaganda comercial.

—Lo cual significa, si no pienso mal, que alguien ha querido quedarse con el negocio de Nolan.

—Sí, apostaría a que es así. Gracias, señor Barnes, y una vez más, reciba mis disculpas más sinceras.

—No hay de qué, teniente. Ojalá encuentre pronto al asesino.

Rexford se marchó. Barnes, al quedarse solo, encendió un cigarrillo y permaneció inmóvil durante unos momentos. Luego, de pronto, recordó algo.

En su mesa de trabajo, que había pertenecido antes a su primo, había encontrado una agenda muy manoseada, con algunas direcciones y números de teléfono. Fue al despacho, abrió el cajón, sacó la agenda y buscó en la letra N.

Sí, allí estaba, Tom Nolan. Su primo había estado relacionado con el chantajista. Incluso era posible que hubiese realizado algunas investigaciones para Nolan. A fin de cuentas, había sido detective privado y...

Estudió en silencio algunos de los nombres que había escritos en la agenda. Uno de ellos le chocó sobremedida, en especial por la nota a pie de página que había escrito su primo:

E. Dirkton. Pasado interesante. Puede dar mucho jugo.

Luego había también otra nota, referente al mismo E. Dirkton:

Comunicar a T.N., si está dispuesto a compartir al 50 %.

—Eso quiere decir que mi primo quería la mitad de lo que Nolan sacase a Dirkton —murmuró—. ¿Por qué no ver a ese tal Dirkton y

conseguir así detalles, que podrían resultar luego interesantes?

Al pensar de esta forma, Barnes se acordaba de la hermosa Elynor Matton. De pronto, obedeciendo a un impulso irresistible, buscó la guía telefónica.

Momentos después, estaba hablando con Elynor.

—Señorita Matton, soy Barnes. El bueno, no el detective privado, claro. Aunque sea mi primo, debo admitir que resultó ser un pájaro de cuenta. Usted habría perdido su tiempo y su dinero, si le hubiese encomendado a él la investigación... No, ya se lo explicaré más detalladamente en otro momento. Ahora quería decirle que pienso dar algunos pasos que quizá puedan beneficiarla. ¿Le importa que haga algunas preguntas sobre el particular a ciertas personas que tal vez puedan tener relación con su caso particular? ¿No? Muchas gracias, señorita. La llamaré en cuanto sepa algo... De nada, usted no tiene que agradecerme nada; en cierto modo, yo también estoy velando por mi buen nombre. Y siga mi consejo: sea franca con su prometido y cuénteles todo lo que pasa. Adiós, hasta la vista.

Cuando Barnes colgó el teléfono, se sentía muy satisfecho. Fue al dormitorio, se vistió y, mientras se ajustaba el nudo de la corbata, murmuró:

—E. Dirkton, aguárdame, voy a verte.

E. Dirkton vivía en un lujoso edificio de apartamentos, cuyo alquiler no debía de ser ninguna minucia, pensó Barnes mientras aguardaba a que le abriesen la puerta. Claro que resultaba lógico que fuese así, si se tenía en cuenta la profesión de Nolan. Nunca había sacado dinero a pobretones.

La puerta se abrió al fin y una mujer le miró con curiosidad exenta de simpatía.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —preguntó desabridamente.

—Señora, me llamo Barnes y busco a E. Dirkton...

El joven no pudo continuar. Ella alargó la mano, cerrada, y le golpeó en la mandíbula. No le tiró de espaldas, pero le hizo retroceder un paso. Luego, Barnes, aturdido, oyó el golpe de la puerta al cerrarse violentamente.

Desconcertado, se frotó el mentón.

—¡Caramba, vaya genio! —masculló.

La había visto durante un segundo, pero había sido suficiente

para captar sus detalles más importantes. La mujer era alta, de unos treinta y cinco años, de formas exuberantes y abundante cabellera rubia.

Durante unos momentos, permaneció allí, frente a la puerta, sin saber qué hacer. Si volvía a llamar, ella podía darle la misma respuesta. De pronto, se le ocurrió una idea.

Presentía que la mujer había conocido a su primo. Pero ella no parecía muy dispuesta a atender razones. Sacó la agenda encontrada en casa de su primo, buscó una hoja en blanco, escribió unas cortas líneas y luego pasó la hoja por debajo de la puerta. Al terminar, llamó insistentemente al timbre y se dispuso a esperar.

Transcurrió un minuto. Súbitamente, se abrió la puerta y ella le miró fijamente.

—Así que usted no es el Barnes maldito —dijo.

—Es mi primo, por raro que pueda parecerle, señora...

—Dirkton, Edith Dirkton. No conocí personalmente a su primo, pero sé que era un condenado hijo de perra, al que estrangularía de muy buena gana si pudiera ponerle las manos encima. Pase usted, señor Barnes.

—Gracias, señora Dirkton.

Barnes cruzó la puerta. El apartamento, pensó, costaba un ojo de la cara de alquiler mensual. Edith tenía dinero, saltaba a la vista.

—Bien, hable —invitó ella.

—Por lo visto, tiene usted malos recuerdos de mi primo.

—No son buenos, en efecto. ¿Qué pretende usted?

—Han asesinado a un tal Tom Nolan.

—Lo he leído en los periódicos.

—Parece ser que mi primo tenía alguna clase de relación con Nolan. Éste era un chantajista de marca. ¿Le pidió dinero a usted?

Los ojos de Edith centellearon bruscamente. Tenía las pupilas oscuras. Su pelo, apreció Barnes, debía mucho de su bonito color a la química. Pero resultaba enormemente atractiva.

—Me pidió dinero, en efecto.

—¿Mucho?

—Cinco mil mensuales.

—¿Puede pagarlos?

—Puedo. Pero no quise.

—Se resistió al chantaje, ¿eh?

—¿Cómo ha sabido que yo...?

Barnes sonrió y sacó la agenda.

—Aquí dice algo interesante.

Se lo enseñó. Edith se mordió los labios.

—Puede que mi pasado sea interesante, pero me importa un pito que se divulgue. Sí, Nolan estuvo a verme y mencionó a Barnes, como autor de la información según la cual yo podría tener interés en que se callasen ciertos pasajes de mi vida. Nolan no se anduvo por las ramas, créame.

—¿Qué le contestó usted, señora Dirkton?

Edith casi se echó a reír.

—Nolan medía un palmo menos que usted y pesaba escasamente cincuenta y cinco kilos. Cuando terminé con él, se lo llevaron en ambulancia.

—¡Atiza!

—Nunca había disfrutado tanto zurrando a un hombre. Estuvo una semana en el hospital.

—¿Y no la acusó? —se sorprendió Barnes.

—No le convenía. Yo le hubiese acusado de intento de violación. Barnes contempló admirado a la mujer.

—Es usted... maravillosa —elogió—. ¿Tiene idea de quién pudo matar a Nolan?

—Sólo recibió un balazo, pero hay en la ciudad unas cincuenta personas que habrían apretado con gusto el gatillo de una pistola.

—Es decir, tenía enemigos.

—Más que un político en víspera de elecciones —rió Edith.

Barnes suspiró.

—Temo que encontrar al asesino va a ser como buscar la clásica aguja en un pajar. Gracias de todas formas, señora Dirkton.

—Siento lo ocurrido, pero es que el nombre de Barnes me pone frenética —se disculpó Edith—. Si puedo hacer algo en su favor.

Barnes la miró de los pies a la cabeza. Edith sostuvo su mirada. «Si presionase un poco, ella cedería sin demasiados remilgos», pensó el joven. Pero no quería enredarse en una aventura amorosa... por el momento.

—No, gracias —contestó—. Sólo vine a... Bueno, ya conoce los motivos.

—Espere —dijo Edith—. Voy a decirle algo que quizá pueda

ayudarle. Barnes solía acudir mucho a un bar llamado El Ciervo Rojo. Su dueño se llama Andy MacReel. ¿Por qué no habla con él?

Barnes sonrió, a la vez que se tocaba la sien con el dedo índice.

—Hablaré con MacReel —contestó—. Gracias, señora Dirkton.

Dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta. Cuando iba a salir, oyó la voz de Edith:

—¿Se llama también Jeffrey, señor Barnes?

El joven se volvió.

—Corrientemente, me llaman Buddy —respondió.

—Hoy tengo un compromiso ineludible. Negocios, aunque le parezca extraño. ¿Por qué no viene a cenar conmigo mañana?

Barnes captó lo que había al otro lado de aquella sonrisa.

—¿Hora?

—Las siete y media de la tarde... Buddy.

—Si me fuera imposible, por alguna razón muy poderosa, la llamaría para que no me esperase... Edith. Pero vendré.

—Eso espero —contestó ella.

CAPÍTULO III

La entrevista había resultado satisfactoria. Algo había sacado y esperaba conseguir más al día siguiente. Habría tiempo de sobra para hablar tenía la sensación de que Edith sabía más de lo que había dado a entender. Por el momento, sin embargo, le convendría entrevistarse con MacReel. Podía detener frutos interesantes.

Se sentó tras el volante y puso la llave de contacto. En el mismo momento, sintió en la nuca un contacto frío y duro.

—No se mueva, no vuelva la cabeza, pórtese con naturalidad —dijo el desconocido—. Si hace un gesto raro, le saldrán los sesos por el parabrisas.

Barnes no pudo evitar un ligero estremecimiento.

—¿Qué desea? —preguntó.

—Usted tiene una agenda y eso me interesa. Sáquela con mucho cuidado y entréguemela, pero no vuelva la cabeza. ¿Lo ha comprendido?

La pistola hizo un poco de presión. Barnes asintió.

—Lo he comprendido —repuso.

Hurgó en el bolsillo interior de su chaqueta, sacó la agenda y, con la mano derecha, la mantuvo en alto un instante. El desconocido se la arrebató con gesto brusco.

—Ahora voy a darle unas instrucciones —dijo—. Permanecerá aquí, en su coche, cinco minutos. No se mueva ni intente seguirme porque tengo un amigo que le vigila y que le freiría a tiros si le viese desobedecer mi orden. Eso es todo.

—Está bien.

Barnes oyó el ruido de la puerta al abrirse y cerrarse sucesivamente. Luego divisó al sujeto que cruzaba la calle en sentido oblicuo y hacia adelante. Estaba de espaldas a él, por lo que no pudo verle la cara.

Sonrió para sí. «Si lo supieras...», pensó.

El individuo llegó a un coche de color oscuro, abrió y ocupó el puesto del conductor. Barnes no podía verle las facciones porque llevaba gafas oscuras, muy grandes. Pero, súbitamente, le vio dar un salto en su asiento.

Luego apreció que se relajaba. Detrás de él, apareció un hombre, también enmascarado con lentes de color. El sujeto alargó una mano, tanteó las ropas del otro, sacó algo, se lo echó al bolsillo y luego, con toda tranquilidad, salió del coche y caminó sin prisas por la acera.

Barnes se quedó paralizado por el estupor. Tenía la seguridad de haber contemplado un asesinato. ¡Vaya gentuza! se dijo.

El asesino volvió la cara un instante. Otro coche se acercaba a marcha lenta. Abrió la portezuela de la derecha, entró y el conductor, que, sin duda, había ido en su busca, aceleró y se perdió rápidamente entre el abundante tránsito que había en la calle a aquellas horas.

—Es increíble —murmuró—. Matan a un hombre en su coche, a plena luz del día, y nadie se da cuenta de que se ha cometido un crimen...

Arrancó de pronto, sin preocuparse del supuesto vigilante que le dispararía si lo hacía antes del plazo. Era una baladronada del ladrón, estaba seguro.

Remontó la calle un par de manzanas, encontró un sitio donde dar la vuelta y regresó a marcha muy lenta. Cuando pasaba por delante del coche del ladrón, volvió la mirada.

El sujeto tenía la cabeza apoyada sobre el pecho. Parecía dormir, pero vio en sus labios un poco de sangre.

—No ha dicho ni pío —masculló, mientras pisaba el pedal de gas.

Aquello ya no se podía remediar, de modo que encaminó su rumbo hacia El Ciervo Rojo.

Tenía ganas de hablar con Andy MacReel.

Era un sujeto bajito, medio calvo, de cara ratonil y ojos astutos. Puso un vaso lleno delante de su cliente y escuchó su petición en silencio.

—De modo que es usted primo de Jeffrey Barnes —dijo al cabo el dueño del bar.

—Su padre y el mío, hermanos.

—Le llamábamos El Elefante.

—Pero si no era nada voluminoso...

—Tenía la manía de meter la trompa donde no importaba.

—Ah... Bueno, pero a mí me interesa hablar con usted...

MacReel hizo un gesto de asentimiento.

—Aguarde un poco —pidió.

Atendió a otro cliente y luego abandonó la barra. Pasado un minuto, volvió junto al joven y le hizo un gesto con la cabeza.

—Sígame.

Barnes abandonó el taburete. MacReel le condujo hasta una puertecita que abrió con la mano izquierda, para que pudiera pasar. El joven franqueó el umbral y se encontró en una habitación en la que había algunos trastos viejos.

También había dos sujetos, enormes, voluminosos, con aspecto poco agradable, tipos habituados a maltratar a la gente, adivinó Barnes. Matones profesionales, en una palabra.

—Chicos —dijo MacReel—, este tipo es primo del Elefante. Como a él, le gusta meter la trompa donde no importa. ¿Por qué no le aplicáis el tratamiento contra la curiosidad?

Los matones sonrieron. Uno dijo:

—Será un placer, Andy.

—Está bien, ahí se queda. Barnes, le dejo en buenas manos —dijo el barman malignamente.

Barnes intentó retroceder, pero MacReel le dio un empujón y lo lanzó al centro de la estancia. Luego cerró la puerta y lo dejó a solas con los dos hampones.

Le iban a destrozar, pensó. Era fuerte y tenía nociones de boxeo, pero en modo alguno se sentía capaz de enfrentar con dos sujetos habituados a sucios trucos y sin el menor sentido de la piedad. Maldijo en silencio a MacReel y se dispuso a defender cara la integridad de su esqueleto.

En aquel momento, se abrió la puerta de nuevo. MacReel entró, con las manos por encima de la cabeza.

—Dejadle, chicos —ordenó.

Barnes se volvió, atónito, pero su sorpresa se hizo mayor al reconocer a Elynor Matton detrás del dueño del bar y con una pistola en la mano.

—¿Cómo está, señor Barnes? —sonrió la joven—. ¿Llego a

tiempo?

—Esto no es posible —dijo él—. Estoy soñando...

—Mi pistola es absolutamente real y sé cómo utilizarla. Parece que le he librado de un serio contratiempo, ¿no es así?

—Me ha salvado de un par de semanas en el hospital, por lo menos.

Barnes se volvió hacia MacReel, cuyo rostro aparecía cubierto de sudor.

—Señorita Matton...

—Dígame, señor Barnes.

—Vigile a esos dos dinosaurios, por favor.

—Con mucho gusto.

Elynor movió la pistola.

—Ustedes, váyanse al fondo y pónganse de cara a la pared —añadió enérgicamente.

La orden fue obedecida sin rechistar. Mientras, Barnes se acercaba al dueño del bar, mirándole con ojos llameantes.

MacReel sudaba a chorros.

—No... Espere... Se trataba de una broma...

Súbitamente, Barnes levantó el pie derecho y golpeó el de MacReel con el tacón. MacReel lanzó un aullido y empezó a saltar a la pata coja.

El joven se sentía muy furioso, pensando en lo que le podía haber sucedido de no aparecer Elynor tan oportunamente. Echó las manos al cuello del Barman, pero se contuvo en el acto.

—Debería estrangularte —masculló—. ¿Por qué quería hacerme una cosa semejante?

MacReel tenía las facciones deformadas por el dolor.

—Su primo me... me debía un buen pico... No quería pagarme...

De pronto, Barnes reparó en un detalle. MacReel, cuando mencionaba a su primo, hablaba siempre en pasado. No ha dicho me debe, sino me debía, recordó.

—¿Qué le pasa? —preguntó—. ¿Ha muerto?

MacReel hizo un gesto con la cabeza.

—No lo sé... He perdido su pista... pero quizá Sylvia Miller pueda decirle algo...

—¿Quién es esa mujer?

—Su... su fulana... Le daré la dirección...

Segundos después. Barnes volvía los ojos hacia la joven.

—Creo que podemos marcharnos —dijo.

—Cuando guste —accedió Elynor.

Retrocedieron hasta la puerta. Ella salió primero. Barnes cerró con doble vuelta de llave, la que guardó luego en su bolsillo.

—Debiera pegar fuego a esta cueva de bandidos —rezongó cuando ya se dirigían hacia la calle—. Oiga, ¿de dónde ha salido usted tan oportunamente?

Elynor sonrió.

—Le vi por casualidad y decidí seguirle porque quería hablar con usted —respondió—. ¿Le importaría escucharme unos minutos?

—Todo lo contrario. Tengo ahí mi coche...

—Prefiero que vayamos en el mío, si no le importa.

—Muy bien, luego volveré a buscarlo.

Momentos después, abandonaban el barrio. Barnes encendió dos cigarrillos y le pasó uno a la joven.

—Puede empezar —invitó.

—El chantajista me ha pedido cincuenta mil dólares adelantados. Quiere el dinero mañana sin falta. Tengo una carta con instrucciones tuyas para la entrega de esa suma. ¿Qué debo hacer?

—Si no me tuviera a mí a su lado, ¿qué haría usted?

—Francamente, no lo sé...

—¿Lo ha consultado con su prometido?

—¡No!

—Eso no me gusta. Si yo estuviese a punto de casarme con usted, querría que me fuese absolutamente sincera.

—La verdad, no me atrevo...

—¿Usted, una mujer tan enérgica? ¿Cómo es posible que tenga miedo de decir la verdad al hombre que va a ser su esposo, sobre todo, si no tiene nada que ocultar?

Elynor se mordió los labios. Barnes empezó a sospechar que, en efecto, el pasado de la joven no era todo lo limpio que ella había dado a entender el primer momento.

—Está bien —dijo al cabo, en vista de que ella continuaba en silencio—. Voy a proponerle un plan para atrapar al chantajista. Si lo acepta, estupendo. Si no... tendré que empezar a pensar en desligarme de usted definitivamente.

—Por favor, no —rogó Elynor—. Quiero solucionar este asunto lo más pronto posible. ¿Qué debo hacer?

—Primero, necesito la carta del chantajista. ¿La tiene ahí?

Elynor abrió el bolso. Barnes vio un sobre, lo extrajo y leyó el mensaje contenido en su interior, escrito con rotulador y en grandes caracteres de mayúsculas.

—Perfectamente, eso es todo por ahora —dijo—. Tenemos veinticuatro horas largas de plazo, tiempo más que suficiente para preparar la trampa en que hemos de hacer caer al chantajista.

—¿Qué clase de trampa, señor Barnes?

El joven sonrió indefinidamente.

—Estoy viendo un lugar donde tomar una copa, que nos está haciendo mucha falta a los dos —contestó—. Arrime el coche a la acera y luego hablaremos.

—Yo prefiero café —dijo ella.

—¿Abstemia?

—No, pero... no soy muy aficionada al alcohol.

—A veces, una copita sienta bien.

—Tendré suficiente con una taza de café.

—Perfectamente, no discutamos más —contestó él cuando ya abría la portezuela del coche.

CAPÍTULO IV

—¿Ésa es la trampa que piensa preparar al chantajista? — preguntó Elynor minutos más tarde, cuando Barnes hubo explicado su plan.

—Me parece lo más conveniente. Usted dice que no tiene nada que ocultar.

—Y es cierto.

—Por tanto, no le importará que se hagan públicos ciertos hechos que no la tienen a usted como protagonista.

—Es que...

Elynor vaciló visiblemente. Barnes hizo un gesto con la mano.

—Vamos, sea sincera conmigo —pidió—. Nos conocemos muy poco, pero debe confiar en mí.

—Bueno, no tengo nada que ocultar, en efecto; ya sabe que todo fue una confusión. Pero si los periódicos divulgasen la cosa... podría afectarme.

—En absoluto. Usted no es...

—Señor Barnes, creo que no lo comprende bien. Sí, luego se demostraría que yo no soy la persona protagonista de ciertos hechos nada agradables, pero la experiencia me dice que las rectificaciones ocupan muchísimo menos espacio que las noticias escandalosas. Muy poca gente lee una rectificación, que suele darse en una página interior, perdida entre otras noticias, ¿comprende?

—Sí, eso es cierto, pero, a pesar de todo, debe arriesgarse. Y más si su prometido la ama...

—De eso estoy segura.

—En tal caso, no vacile. Haga como le he aconsejado.

Elynor hizo un gesto de aquiescencia.

—De acuerdo. ¿Vendrá usted?

Barnes pensó en que la cena con Edith Dirkton tendría que retrasarse veinticuatro horas al menos. Pero no podía desaprovechar

la ocasión.

—Iré —prometió. Meneó la cabeza—. Éste es un asunto más complicado de lo que parece a primera vista y, por si fuese poco, mi primo está metido en él hasta el cuello. Suponiendo que siga con vida.

—¿Cree que ha muerto?

—Tendré que hablar nuevamente con MacReel. Ese tipo sabe algo y se lo calla.

—Si no quiere contestarle...

—Le obligaré a responder. Sí, es un asunto muy sucio, tanto que ya se ha cometido el segundo asesinato y casi en mis propias narices.

Elynor se sobresaltó.

—¿Otro crimen?

Barnes le relató lo sucedido. Ella hizo luego un comentario:

—La pérdida de la agenda es un contratiempo muy grave.

—Eso cree el que la tiene actualmente —sonrió el joven.

—¿Cómo?

—Tengo alma de burócrata. ¿Recuerda usted la anécdota de aquel encargado de los archivos que le pidió a su jefe permiso para destruir unos cuantos cajones de documentos que ya no tenían ninguna utilidad?

—No. ¿Qué pasó? —preguntó Elynor, llena de curiosidad.

—El jefe dio permiso, desde luego, pero añadió: «Saque antes tres copias de cada documento».

Ella se echó a reír.

—La burocracia...

—A veces, es bueno sacar por lo menos una copia.

—Creo que entiendo. Usted copió las direcciones de la agenda.

—Me pareció conveniente. Sin embargo, pensé más bien en un robo en mi casa que en plena calle. Compré una agenda idéntica y la tengo a buen recaudo.

—Es una noticia excelente. ¿Qué piensa hacer ahora, señor Barnes?

—MacReel mencionó a una fulana, que era amiga de mi primo. Iré a verla ahora mismo.

—Llámeme después —rogó Elynor.

—Descuida.

Barnes pagó la cuenta, se puso en pie y agarró el brazo de la joven.

—Tendrá que llevarme al lugar donde dejé el coche.

—No hay inconveniente —accedió Elynor.

—Conque tú eres el primo de Jeff —dijo Sylvia Miller aquella misma noche.

—Así es. ¿Qué sabes de él?

Sylvia abrió una botella y llenó dos vasos. Era una mujer de unos treinta años, bien parecida, de expresión maliciosa y sonrisa fácil.

—Nada —contestó, al entregarle el vaso.

—¿Cómo es posible...?

—Muñeco, siento tener que decirte que tu primo no es lo que suele decirse trigo limpio. Yo tampoco soy precisamente un dechado de virtudes; si no te imaginas cómo me gano la vida, es que eres tonto... y no lo pareces.

Barnes contempló a la mujer, muy pintada y perfumada, y vestida con una bata transparente, que permitía ver la aparatosa ropa interior de color rojo fuego que llevaba debajo. Los tacones eran altísimos, de diez centímetros, y la suela de aquellos zapatos tenía casi tres de grosor. Descalza, resultaría mucho más baja de lo que aparentaba.

—Cada cual se gana la vida como puede —filosofó—. De modo que mi primo...

—Rompí con él, cuando me enteré de los malos pasos en que andaba metido. Sí, dijo que podría cubrirme de joyas, pero no me gustó la perspectiva. Esas cosas acaban siempre mal, muñeco.

Sylvia encendió un cigarrillo y lanzó una gran bocanada de humo.

—Tengo una clientela casi fija —continuó a poco—. Gente discreta, sin pretensiones, salvo las de pasar un buen rato conmigo... Es suficiente para mí, ¿comprendes?

—Todo eso está muy bien, pero aún no me has dicho qué hacía mi primo —alegó Barnes.

—Tom Nolan había montado un buen negocio. Tu primo era el segundo de a bordo. Si mataron a Nolan. Jeff no está en mejores condiciones, creo.

—¿Supones que también lo asesinaron?

—Apostaría un centavo contra diez dólares, muñeco. Hacían cosas muy sucias; no les preocupaba la vida de las gentes, sino el dinero que podían conseguir. Eso es asqueroso.

—Opino igual que tú. Pero ¿quién mató a Nolan?

Sylvia se encogió de hombros.

—Había tantos que lo detestaban... Aunque, desde luego, el que lo hizo fue derecho al bulto. Por eso pienso que a tu primo le ha pasado lo mismo.

—¿De veras?

—El asesino tenía que conocer la relación entre Nolan y Jeff. Tu primo acudía regularmente al menos dos noches por semana al Vito's. Hace ya un mes que no se tienen noticias suyas.

—¿Temes lo peor?

Sylvia asintió.

—Sinceramente, sí —contestó.

—Gracias. Oye, ¿quién podría decirme, en el Vito's algo sobre mi primo?

—Era muy conocido allí. Pregunta a cualquiera de las camareras. Pero no creo que consigas nada. Sinceramente, yo no me molestaría en ir allí.

—Lo tendré en cuenta. Gracias, Sylvia.

Barnes se encaminó hacia la puerta. Ella le llamó de pronto:

—Muñeco...

El joven se volvió. Sylvia se había abierto la bata y enseñaba las prendas íntimas.

—Estoy libre —dijo insinuante.

—Lástima, tengo mucho trabajo —se despidió él.

Cada vez que lo pensaba, estaba más y más seguro de que su primo se había metido en un lío de los gordos. Y habría muerto ya y, lo más probable, dada la catadura de la gente con la que se había mezclado, jamás se encontraría su cuerpo.

Suspirando resignadamente, entró en el coche y emprendió el camino de regreso a su apartamento.

Había terminado apenas desayunar, al día siguiente, cuando oyó que llamaban a la puerta.

Ajustándose el cinturón de la bata, cruzó la sala y abrió la puerta. Al otro lado había un hombre joven, alto, bien parecido, vestido con elegancia un poco pasada de moda. Llevaba guantes,

bastón, sombrero de ala abarquillada y una flor blanca en la solapa de su chaqueta impecable, película con ambiente de alta sociedad...

«Vaya figurín —pensó el joven—. Ahora iré a rodar una película con ambiente de alta sociedad».

—Caballero...

—¿Es usted Jeffrey Barnes? —preguntó el desconocido.

—Así me llamo, en efecto.

—Soy Nathaniel Medcoe-Walls. ¿Puedo pasar?

—Adelante.

El visitante cruzó la puerta y contempló el apartamento con aire lleno de displicencia. Sacó un pañuelo perfumado, lo rozó con su nariz y luego se encaró con el joven.

—Usted no me conoce, amigo mío —dijo al cabo.

—No, no tengo ese honor. Jamás he oído mencionar su nombre.

—Soy el prometido de Elynor Matton.

—Ah... Felicidades, señor Medcoe-Walls. Y, dígame ¿en qué puedo servirle?

—Es bien sencillo, señor Barnes. Le prohíbo que vuelva a ver a mi futura esposa.

El joven respingó.

Durante unos momentos, permaneció silencioso. Luego, de pronto, dio una vuelta en torno al visitante, como si le examinase con gran atención.

—¿Qué diablos le pasa? —preguntó el sujeto, impaciente.

—No lleva la indumentaria adecuada. Le faltan el turbante, la chilaba, las babuchas de punta curva... Porque habla usted como un árabe y no viste como tal.

—Hablo como me parece... —Medcoe-Walls apretó los labios—. Esto no es cosa de burla, señor Barnes. He hablado muy en serio.

—A mí no tiene que prohibirme nada. Usted no tiene el menor derecho sobre mi persona. Si quiere que Elynor deje de verme, dígaselo a ella.

De pronto, Medcoe-Walls dio un paso atrás. Tiró del puño de su bastón y sacó a relucir un estoque de casi sesenta centímetros de largo. La hoja era triangular, afiladísima, con la punta de un alfiler, y despedía un brillo ominoso.

—Podría atravesarle el cuerpo como si fuese usted un mosquito —amenazó.

—Se ha restablecido la pena de muerte —contestó Barnes, impasible.

—Pero, seguramente, me conformaría con hacerle un chirlo en la mejilla.

—Y yo le rompería todas las costillas.

La punta del estoque se acercó a la cara del joven.

—Señor Medcoe-Walls, si me toca usted con ese maldito chisme, aunque no me saque una sola gota de sangre, juro que se lo hago comer, con mango y vaina —dijo Barnes.

El sujeto se echó a reír. Bruscamente, Barnes se agachó, pasó por debajo del estoque, agarró la muñeca del visitante y la retorció con seco movimiento.

El acero cayó al suelo. Barnes golpeó con el codo el estómago de Medcoe-Walls. Éste dejó caer también el resto del bastón. Entonces, el joven se apoderó de los dos elementos, metió el acero en la vaina rígida y luego empezó a mover el bastón.

Medcoe-Walls aulló. Barnes le propinó unos cuantos bastonazos. Luego agarró el bastón con ambas manos, elevó la rodilla derecha y bajó con rápido movimiento. El bastón y el acero se partieron con fuerte crujido.

Barnes tiró ambos trozos a la cara del visitante. Medcoe-Walls parecía loco de furor.

—Me las pagará... No se lo perdonaré jamás...

El joven se cansó. Agarró al sujeto por el cuello de la chaqueta e hizo girar en redondo. Luego lo empujó hacia la puerta, abrió con una mano y remató la labor con un tremendo puntapié que lo lanzó contra la pared opuesta.

Cerró a continuación y echó la cadena. Inmediatamente, se fue hacia el teléfono.

—Señorita Manon —dijo momentos más tarde—, si mis informes son exactos, su prometido se llama Nathaniel Madcoe-Walls.

—Así es —confirmó ella, sorprendida—. ¿Qué le sucede?

—Nada, salvo que ha tenido el grandísimo placer de apalearle con su propio bastón...

Barnes relató lo ocurrido. Finalizó con una pregunta, lógica en aquellas circunstancias:

—¿Cómo diablos se enteró Nathaniel de nuestra relación?

—Usted me dijo que fuera sincera con él. ¿No lo recuerda ya?

—Sí, es verdad...

—Entonces, anoche cenamos juntos y se lo conté todo, sin omitir el menor detalle. Tengo que ser sincera con el hombre que va a ser mi esposo.

—Una acción muy encomiable, pero me parece que no es el hombre que le conviene. Usted confía en él, pero él no confía en usted.

—Bueno, un poco celoso si es...

—Claro, claro —dijo Barnes con sorna—. Eso siempre gusta a las mujeres. Bien, ¿sigue adelante con el plan que le propuse?

—Desde luego. Lo preparará todo usted, supongo.

—Déjelo en mis manos y no se preocupe de más.

CAPÍTULO V

—Tengo que darle una noticia poco agradable —dijo Elynor aquella misma noche, cuando se reunieron en el lugar acordado.

Barnes la aguardaba en su coche. Ella se había sentado a su lado.

—¿Qué es?

—¿Puede encender una luz?

—Sí.

Barnes abrió la guantera y sacó una linterna. Ella le entregó un papel.

—Lea —indicó.

Era un mensaje escueto, pero significativo:

TIENES 48 HORAS PARA REUNIR EL DINERO. TE
LLAMARE MAÑANA A LAS 22.30 PARA DARTE
INSTRUCCIONES. ACEPTA O TE ATENDRÁS A LAS
CONSECUENCIAS. RECUERDA: SON
250 000.

Barnes frunció el ceño.

—Muy raro —comentó.

—Eso mismo pienso yo —dijo Elynor.

—En un principio le pidió un cuarto de millón.

—Efectivamente, así es.

—Y ahora debe entregar cincuenta mil, lo que hace ascender a trescientos de los grandes la suma total de lo que debe pagar. Ilógico, ¿no cree?

—La verdad, no sé qué pensar...

Barnes puso el motor en marcha.

—Pronto tendremos la solución —aseguró.

—¿De veras?

—Son las diez de la noche. A las once debe dejar el paquete con el dinero en el lugar señalado por el chantajista. A las once y un minuto, si es puntual, habremos salido de dudas.

—Ojalá sea así —suspiró Elynor.

—Así será —vaticinó el joven.

Veinte minutos más tarde, Barnes detuvo el coche en cierto lugar, no lejos de un parque, desierto a aquellas horas. El joven se apeó, caminó hasta perderse en las tinieblas, estuvo ausente cosa de otros veinte minutos y regresó cuando faltaban diez escasos para las once.

—Todo listo —anunció—. Ahora nos vamos a separar, pero no se preocupe; yo estaré cerca en todo momento.

Ella tenía la cara blanca.

—Me siento muy aprensiva...

Barnes sonrió.

—Animo —dijo—. Deje los temores a un lado. Sea valiente.

La joven se apeó. Llevaba puesto un abrigo colgado, suelto, que disimulaba por completo su silueta. Barnes apretó suavemente su mano.

—Haga exactamente como le he indicado —añadió.

Elynor movió la cabeza. Luego, con paso resuelto, echó a andar. Barnes la contempló unos instantes y luego, sigilosamente, corrió en ángulo recto, a fin de dar un gran rodeo y situarse en las inmediaciones del lugar donde ella debía dejar el dinero.

Momentos más tarde, se agazapaba al otro lado de un macizo de flores. A los pocos segundos, oyó el ruido de los pasos de Elynor.

La joven llegó, avanzó con naturalidad. Se acercó a un enorme cedro e, inclinándose, dejó algo al pie. Luego se irguió y siguió su camino.

Barnes sonrió en la oscuridad. Elynor no había dejado nada; sólo lo había simulado. El paquete que llevaba en las manos era una simple caja vacía, que luego había ocultado con el abrigo. Quizá el chantajista se hallaba en las inmediaciones, espionando los movimientos de la joven.

Transcurrieron algunos minutos. De pronto, una silueta se destacó de un árbol cercano.

Era un hombre y vestía ropas oscuras. En la mano llevaba una bolsa deportiva. Con aire natural, se acercó al cedro, miró primero a

todos los lados y luego se inclinó para apoderarse de la caja que había al pie.

Tiró de la caja hacia arriba. En el mismo instante, brilló un relámpago.

Barnes sonrió.

—Tenía que ser él —murmuró.

El hombre se desconcertó. Tiró de la caja nuevamente y por segunda vez se produjo otro destello luminoso. Entonces, asustado, echó a correr.

Una pierna salió bruscamente a su paso. El hombre gritó, manoteó desesperadamente y cayó al suelo.

Barnes se precipitó sobre él. Cuando intentaba levantarse, le asestó un seco derechazo en el mentón haciéndole caer sin sentido.

—¡Elynor, ya puede venir! —llamó a continuación.

La joven apareció a la carrera.

—Lo he cazado —añadió Barnes.

Elynor vio un cuerpo tendido en el suelo y se alarmó.

—¿Está...?

—No se preocupe; solamente ha perdido el sentido. Tuve que darle un buen puñetazo, eso es todo.

Barnes sacó un fósforo y lo encendió para que ella viese el rostro del sujeto caído. Elynor lanzó un grito de sorpresa.

—¡Dios mío! ¡No puedo creerlo!

El fósforo se apagó. Barnes oyó los sollozos de la muchacha, que se había ocultado el rostro con las manos. Era lógico que Elynor se hubiese llevado un enorme desengaño, porque el hombre que había intentado estafarla era su prometido.

La joven se calmó al cabo de unos momentos. Sacó un pañuelo y se enjugó las lágrimas. Barnes regresaba en aquel momento con un objeto en las manos.

—Hemos impresionado dos placas —dijo.

—Nunca me imaginé que él...

—Yo sí sabía que no podía ser otro.

—¿De veras? —se asombró Elynor—. ¿Quién se lo ha dicho?

—Investigué sus antecedentes. El nombre, en efecto, es Nathaniel, pero su apellido es el más vulgar de Johnson y no Medcoe-Walls, como alardeaba. Tiene antecedentes policiales: estafador principalmente, pero también asaltó un par de comercios,

pistola en mano. Y la gente que dice ser su familia no es sino una pandilla de desaprensivos a los cuales él pagaba para que simulasen ser los orgullosos padres y los activos hermanos, que condescendían a permitir una boda socialmente desigual.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó ella.

—Simplemente, fui a la Jefatura de Policía. Cuando se enteró de que yo la había aconsejado ser sincera con él, vino a verme no movido por los celos, sino para amedrentarme, como ya le conté. Después de echarlo a patadas de mi casa, fui a investigar sus antecedentes.

—Pero usted no sabía...

—Fue una corazonada, lo admito. Un hombre seguro del amor de su futura esposa no se comporta de semejante forma. Acerté al pedir informes suyos a la Policía.

—Esos informes no se facilitan a cualquiera...

Barnes sonrió.

—Trabajo para una empresa que tiene mucha influencia —contestó—. Ah, ya despierta el pájaro. Ahora le toca a usted, Elynor.

El timador se sentó en el suelo, con la mano en el mentón y los ojos todavía turbios. Al cabo de unos segundos, reconoció a la joven y se puso en pie.

—Elynor, deja que te explique...

—No tiene que explicarme nada, señor Johnson —dijo la muchacha fríamente—. Acaba usted de dirigirme la palabra por última vez.

—Pero yo... —Johnson miró rencorosamente a Barnes—. Ha sido ese tipo, ¿verdad?

—Lo admito —contestó Barnes sin inmutarse.

Enseñó la cámara fotográfica que tenía en las manos.

—Nat, será mejor que se largue y se olvide para siempre de la señorita Matton. Su plan ha fracasado y, si intenta algo contra ella, sacaremos a relucir las fotografías que hemos tomado. Desaparezca de su vida para siempre.

Johnson fue a decir algo, pero se lo pensó mejor y cerró la boca. Lentamente, dio media vuelta y se perdió en la oscuridad.

Barnes agarró el brazo de la muchacha y la empujó hasta la salida del parque.

—Trate de olvidar ese contratiempo —aconsejó—. Ha sufrido un

fuerte golpe, pero se recuperará pronto.

—No comprendo cómo pude cegarme...

—Es su especialidad. Johnson ha timado ya a media docena de mujeres ricas, generalmente, mayores que él y ansiosas de cariño y afecto. Usted era el golpe final para su carrera: joven, bonita y con mucho dinero. ¿Qué más podía desear?

—Pero no entiendo. Ahora quería cincuenta mil dólares...

—Estaba sin un dólar y tenía que pagar a la familia. Aparte de eso, debía cooperar a los gastos de la boda.

Elynor suspiró.

—Nunca olvidaré este terrible chasco... pero me parece que tengo todavía un problema mucho mayor. Usted lo recuerda, sin duda.

—Si —convino Barnes—. Tiene que pagar un cuarto de millón a un sujeto que no conoce y para ocultar unos hechos que usted no ha realizado.

—¿Qué me aconseja, señor Barnes?

—En primer lugar, llámeme Buddy. Después... atienda la llamada que le hará el chantajista mañana, para darle instrucciones, a fin de entregar el dinero. Ah, haga conectar una grabadora con el teléfono, para que podamos repetir su mensaje cuantas veces sea necesario.

—¿Y eso es todo?

—Por ahora, sí.

—Pero ¿qué hago si insiste en que entregue esa enorme suma?

—Usted simule acceder y no se preocupe de más. Yo me ocuparé del resto. Ahora, si quiere seguir un consejo, vuelva a su casa, acuéstese, relájese y procure dormir.

—No sé si podré...

—Inténtelo. El mundo no se acaba en un granuja llamado Johnson.

—Espero que eso me sirva de experiencia para el futuro —dijo Elynor amargamente.

—Bueno, todo el mundo puede tropezar alguna vez... Aparte este desdichado suceso de su mente y verá cómo duerme de un tirón toda la noche.

—Espero que así sea —respondió ella fervientemente.

Baños sí durmió como un tronco hasta las siete y media de la

mañana. Después de desayunar, hizo unas cuantas gestiones en el centro de la ciudad y, pasado el mediodía, regresó a su apartamento.

Apenas se había acomodado, sonó el teléfono.

—Barnes —dijo.

—Soy Rheda Grent —sonó una voz femenina—. ¿Ya no se acuerda de mí, señor Barnes?

—Oh, señora Grent... ¿Cómo podría olvidarla? Pero, sinceramente, no esperaba oírla...

—En cambio, yo esperaba que usted me trajese la factura de la reparación de su coche, tal como acordamos.

—Bueno, eso no tiene ninguna importancia. No vale la pena, créame.

—Señor Barnes, insisto muy seriamente. Si no ha hecho reparar aún su coche, vaya al taller, pida el presupuesto y venga a decírmelo. Le daré el importe de la factura simplemente con su palabra.

Barnes se fijó especialmente en dos palabras pronunciadas por Rheba: «trajese» y «venga». Decidió hacer un tanteo.

—Usted quiere que vaya a verla en persona —dijo.

—Lo estimaría más que una simple llamada por teléfono o una carta —respondió ella—. ¿Hoy, a las siete y media?

—Lo siento —repuso Barnes en el acto—. Ni hoy, ni mañana, ni tal vez pasado. Créame, tengo asuntos muy importantes que tratar y van a ocuparme todo el tiempo. Sin embargo, le prometo que la llamaré para acordar el día que mejor le va a usted para mi visita.

—Muy bien, si no hay otro remedio...

—Créame que lo siento y, de veras, me alegro de que me haya llamado. Gracias, señora Grent.

—Ha sido un placer, señor Barnes.

El joven colgó el teléfono. ¿Por qué diablos insistía tanto Rheba en que fuese a visitarla?

De pronto, recordó cierto detalle. Había visto el coche de Rheba parado frente a la residencia de Elynor el día en que la conoció por primera vez. Quizá Elynor...

Segundos después, estaba en contacto con la joven.

—Quiero hacerle una pregunta —manifestó—. ¿Conoce usted a una mujer llamada Rheda Grent?

—No —respondió ella instantáneamente—. Jamás he oído ese nombre. ¿Por qué quiere saberlo?

—Era... curiosidad. No se preocupe. Gracias, Elynor... y haga lo que le dije anoche.

—Sí, desde luego.

—¿Ha dormido bien?

Ella vaciló un instante.

—Mejor de lo que esperaba —dijo al cabo.

—Esta noche dormiré mejor —aseguró Barnes. Y colgó el teléfono, pero el timbre volvió a sonar en el acto y lo levantó nuevamente—. ¿Quién es? —inquirió.

—Si se llama Barnes y quiere tener noticias de su primo, vaya al White Hunter y pregunte por Lou Peale —dijo un hombre.

Y antes de que el joven pudiera pronunciar una sola palabra, el desconocido colgó el teléfono y se cortó la comunicación.

CAPÍTULO VI

La muestra del White Hunter era un viejo cartel en el que había pintado un individuo con el clásico atuendo de los cazadores que van en los safaris africanos. El interior, sin embargo, no tenía nada de africano y su ambiente era más bien desagradable.

Barnes hizo caso omiso de la atmósfera y de los clientes. Algunos eran verdaderas ruinas humanas. Detrás del mostrador había una mujer que lo mismo podía tener cuarenta que setenta años, gorda, de rostro seboso y pechos flácidos. En el lado izquierdo de la cara tenía una verruga con algunos pelos que parecían púas de puercoespín.

«Sólo le falta la escoba —pensó Barnes—, al ver a aquella bruja».

La mujer le miró con suspicacia.

—¿Eres nuevo en el barrio? —dijo, a la vez que llevaba un vaso.

Barnes decidió seguirle la corriente.

—Sí —contestó, lacónico.

—No te metas con mis muchachos. Son buena gente.

—Claro.

—Me llamo Maud. ¿Y tú?

—Buddy.

—Estás buscando a alguien, ¿verdad?

Barnes miró con aprensión el contenido del vaso. Le pareció que era ácido sulfúrico.

—Lou Peale —repuso.

—¿Qué te pasa con Lou, muchacho?

—Quiero verle, eso es todo.

—Parlanchín, ¿eh?

—Maud, no me hagas perder el tiempo. —Barnes pasó a la ofensiva y puso un billete de cinco dólares sobre el mostrador—. ¿Dónde está?

Ella movió la cabeza en dirección a la puerta que había en un rincón.

—Está desplumando a un primo. Déjalo trabajar diez minutos más —contestó.

—¿Cuál es tu comisión, Maud?

—Depende.

—Depende de lo que Lou saque al primo, ¿no?

Maud sonrió. Le faltaba un colmillo.

—Es la vida, Buddy.

Repentinamente, se oyó una detonación.

Maud se enderezó y miró alarmada hacia el origen del ruido. La puerta que había señalado antes se abrió y apareció un hombre sonriendo.

—No te preocupes, Maud; sólo ha sido una falsa alarma —dijo.

—Ah, creí que...

—Lou me estaba enseñando su pistola y se le ha disparado. Bueno, adiós, tengo prisa.

Barnes frunció el ceño. Aquel hombre...

De pronto recordó.

El ladrón de la agenda, el hombre que le aguardaba en el coche y que luego había subido a otro...

—Espere un momento, amigo —exclamó.

El sujeto se volvió, con el ceño fruncido.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Necesito hacerle una pregunta. ¿Dónde está la agenda...?

Barnes no tuvo tiempo de decir nada más. El sujeto sacó una pistola y le apuntó con ella.

Pero Barnes se dio cuenta de que el hombre no le amenazaba, sino que estaba dispuesto a hacer fuego. Actuando tan rápidamente como el otro, movió el pie y la pistola salió por los aires. Luego se arrojó sobre el individuo y lo tumbó de un terrible derechazo.

—¡Maud, llama a la Policía! —gritó, a la vez que se echaba a correr hacia el reservado.

Cuando abrió la puerta, vio a un hombre sentado en el suelo, con la mano crispada sobre su pecho, cubierto de sangre. Inmediatamente, se dio cuenta de que todavía respiraba.

—Lou, Lou... —llamó, a la vez que se arrodillaba a su lado.

Peale abrió los ojos. Había manchas rojas en sus labios.

—Soy Barnes, el primo de Jeff Barnes, El Elefante. ¿Dónde está?
Peale se esforzó por hablar.

—Pregunte a... Janet... Bryce...

Las piernas del agonizante se agitaron bruscamente y su cabeza se dobló a un lado. Barnes se puso en pie.

—Janet Bryce —repitió.

Podía ser una pista, pero más cerca estaba el asesino. Dirigió una mirada a Peale y luego, girando sobre sus talones, buscó la salida.

Cuando llegó al bar, se encontró con un espectáculo inusitado.

El local estaba completamente desierto, a excepción de un borracho que dormía apoyado en una mesa y de su dueña. Del asesino no había el menor rastro.

Barnes se volvió hacia el mostrador.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Maud se encogió de hombros.

—A la clientela no le gusta vérselas con los polis —contestó.

—Tampoco al asesino, supongo.

—¿Era de verdad el asesino?

—Lou está muerto.

Maud hizo la señal de la cruz.

—Descanse en paz —contestó fríamente. Y añadió—: Los soplones acaban siempre de mala manera.

—Maud, cuando venga la policía diré que conoces al asesino.

—¿Y qué? Lo conozco: se llama Hally Tharn. Pero échale un galgo a estas horas —dijo la mujer desdeñosamente.

—Lo tendré en cuenta. Dame su dirección.

—No la sé...

Barnes volvió al pasillo, donde había visto poco antes una gran lata de metal. Desenroscó la tapa, olfateó un poco su contenido y meneó la cabeza. Era alcohol puro, que luego Maud rebajaría con agua, añadiéndole azúcar, colorante artificial y alguna esencia. Así obtendría un teóricamente *whisky* legítimo de Kentucky.

La lata contenía más de veinte litros. Se la enseñó a la dueña, a la vez que sonreía malignamente.

—¿Prefieres que arda tu taberna accidentalmente? —preguntó.

Maud se le pusieron los pelos de punta.

—Calle Catorce, novecientos treinta y seis —contestó en el acto.

Ya se oía una sirena de la Policía. Barnes volvió a tapar el recipiente.

—No se lo digas a los polis —recomendó.

Elynor le llamó a las once de la noche.

—Ya tengo el mensaje del chantajista —anunció.

—Estupendo. Repítelo, por favor.

Ella obedeció. Barnes escuchó atentamente unos momentos. Cuando terminó, dijo:

—Está bien. Hará todo lo que le dicen, pero antes dejará su coche en la puerta de la casa, fuera, junto a la acera. Esta misma noche.

Elynor se sorprendió de la petición.

—Pero no tengo que dejarlo hasta mañana, a las cinco de la tarde, en el lugar que me ha ordenado el chantajista —alegó.

—No se preocupe; cuando llegue el momento, el chantajista tendrá su coche. Yo iré ahora mismo a buscarlo y se lo llevaré mañana antes de las tres de la tarde.

—Está bien. Pero ¿qué me dice del dinero...?

—No saque un solo centavo del Banco.

—De acuerdo.

Barnes hizo a continuación una llamada a un conocido suyo, el cual se indignó enormemente por haber sido despertado apenas puesta la cabeza en la almohada. Barnes soportó estoicamente el chaparrón de dicterios que le dirigía su amigo y luego hizo una pregunta:

—¿Quieres ganarte cinco mil dólares?

—¿Quién te estorba, Buddy? —repuso el otro rápidamente.

Barnes se echó a reír.

—Espérame en la puerta de tu casa dentro de una hora. Eso es todo por el momento, Charlie.

El teléfono volvió a su sitio. Barnes agarró la chaqueta y salió de la casa. Usó un taxi para llegar a las inmediaciones de la residencia de Elynor. Se apeó a unos cien metros, pagó la carrera y luego anduvo hasta encontrar el coche de la joven.

Las llaves estaban puestas. Entró en el automóvil, dio el contacto y arrancó en dirección a la casa de su amigo. Charlie Green aguardaba en la puerta.

Barnes le explicó lo que quería de él. Green se rascó la cabeza

pensativamente.

—¿Qué, no se puede? —dijo el joven.

—Claro que se puede, pero tendré que pasarme la noche en vela. Esto no es tan sencillo como tú te crees, Buddy.

—Charlie, si fuese una cosa sencilla, ahora estarías durmiendo plácidamente. Pero tampoco te ganarías los cinco mil que te he prometido.

Green le miró oblicuamente.

—La cosa es interesante, ¿eh?

—Lo es.

—De acuerdo. Ven mañana a las doce. Lo tendrás todo listo y, además, te daré una cuartilla con las instrucciones precisas.

—Perfectamente. Yo vendré con los cinco mil del ala. Buenas noches, Charlie.

—Buenas, para ti, que te vas a la cama...

—No creas —Barnes consultó su reloj—. Voy a cierto lugar a ver a una persona y, si no la encuentro, tendré que esperar toda la noche.

Tenía tiempo de sobras y, además, estaba desvelado. Por dicha razón, quería saber si Maud le había engañado al darle la dirección del asesino de Peale.

Una llave rechinó en la cerradura. La puerta se abrió y la luz se encendió a los pocos instantes. Hally Tharn entró, cerró la puerta y entonces vio al hombre que le aguardaba al otro lado.

Tharn abrió la boca, a la vez que buscaba su pistola. El puño de Barnes actuó de nuevo con devastadora potencia.

Cuando Tharn despertó, se encontró en un sofá, al cual había sido atado con tiras hechas de sábanas. Quiso moverse, pero sus ligaduras eran muy sólidas. Barnes sonrió a poca distancia y enseñó la pistola que le había quitado.

—Hola —dijo.

Tharn apretó los labios.

—Si cree que me va a sacar algo, está equivocado —gruñó.

—Eso lo veremos enseguida. ¿No has notado que estás descalzo?

Tharn elevó un poco la cabeza, para mirarse los pies desnudos.

—¿Qué diablos pretende? —inquirió.

—¿Por qué mataste a Peale?

—¿Lo vio usted?

—La bala está dentro de su cuerpo. La Policía encontrará tu pistola.

—No hay testigos.

—Maud contará para salvar su licencia del bar.

—Nadie me vio. Puedo decir que forcejamos, que discutimos, que el arma se disparó accidentalmente y que, asustado, quise escapar...

—Seguramente tienes ficha policial. Eso no te beneficiará.

—No, claro que no. Pero...

Barnes encendió un cigarrillo.

—Hay un procedimiento infalible para hacer hablar a una persona —dijo.

—Va a quemarme las planta de los pies —rezongó Tharn, que no daba muestras de temor en ningún momento.

—No. Algo mucho peor, pero que no dejará ninguna huella.

Barnes rasgó un almohadón y lo vació de su contenido. Eligió un par de plumas, que asió por el extremo, y luego empezó a pasarlas por la planta del pie izquierdo.

A los dos minutos, Tharn reía convulsivamente. Barnes siguió con el tratamiento durante un minuto más, hasta que, de pronto, el asesino lanzó un aullido.

—Basta... basta... —dijo, sin aliento y con los costados terriblemente doloridos de tanto reír—. Lo... hice... porque ella me lo ordenó...

—¿Ella? —se extrañó Barnes.

—Sí, Janet Bryce... la amante de su primo.

—La conoces, claro.

—Sí.

—¿Dónde vive?

—No lo sé. En las últimas semanas, nos comunicamos solamente por teléfono. Ella me dijo que no intentase verla, ya que se había mudado de casa.

—Me gustaría creerte...

—Aunque me mate con sus malditas plumas, no podré decirle más, se lo juro.

—Pero también mataste al que me robó la agenda.

—Fue orden de Janet también.

—¿Le entregaste la agenda?

—La puse en un sobre y la dejé junto a una fuente pública, en el lado Oeste del Parque Municipal.

Barnes asintió. Tharn parecía sincero. Ya no le sacaría más, pero había conseguido bastante.

Miró su reloj; eran las tres de la madrugada. Todavía tenía tiempo de dormir algunas horas antes de recoger el coche de Elynor.

CAPÍTULO VII

A las tres en punto, estaba en casa de Elynor.

Ella salió ataviada de ama sencilla, con una chaqueta de punto, camisa y pantalones oscuros. En la mano llevaba un maletín que parecía pesar bastante.

—Contiene libros, tal como usted me dijo.

—Espero que no sean muy valiosos —sonrió Barnes, mientras ponía el maletín en el portaequipajes—. Bien, ya sabe lo que tiene que hacer. Yo la seguiré en mi coche a prudente distancia.

—Si el chantajista se da cuenta...

—No la advertirá, porque no la seguiré de modo que pueda verme. Conozco el camino y eso es suficiente. Vamos, suba al coche y arranque.

—Está bien, Buddy.

Elynor puso en marcha su automóvil. Barnes la siguió un minuto más tarde, aunque, por precaución, ya que podían estar vigilándoles, tomó un rumbo diametralmente opuesto. Pero a unos mil metros, buscó un sitio apropiado, viró en redondo y tomó la dirección que le permitiría llegar a las inmediaciones del punto donde ella debía dejar el cuarto de millón.

Salieron de la ciudad y tomaron por la autopista que conducía al Oeste. Veinte kilómetros más adelante, Elynor abandonó la autopista y entró en una carretera secundaria, que corría entre colinas de suaves laderas, escasas en arbolado.

Barnes había estudiado a fondo el mapa de la zona y fue por otro lado, evitando cuidadosamente que los posibles cómplices del chantajista se diesen cuenta de que iba detrás de Elynor. Media hora más tarde, detuvo su coche fuera del camino, en una prominencia desde la que se dominaba una vasta extensión de terreno. En aquel lugar sí había árboles; pero, además, dejó el automóvil en la contrapendiente, de modo que no podría ser visto

por los estafadores.

Había llevado unos prismáticos consigo. Pendiente del cuello, llevaba una gran caja negra, provista de una antena. Por medio de los binoculares pudo ver la granja abandonada, hacia la cual se dirigía Elynor en aquellos momentos, a unos ochocientos metros de distancia.

El lugar estaba en ruinas. Elynor entró en el patio, paró el coche, se apeó y, tal como decían las instrucciones, emprendió la marcha a pie inmediatamente.

La joven marchó a buen paso por un camino solitario. A unos doscientos metros de la granja, repentinamente, giró a su izquierda, atravesó unos arbustos y se metió en una hondonada, que conducía directamente a la base de la colina donde se hallaba Barnes.

Minutos más tarde, llegaba junto a él.

—Buddy...

—Aquí —llamó el joven.

Elynor llegó sofocada y casi sin aliento. Barnes la miró con una sonrisa de conmiseración.

—No está acostumbrada al ejercicio —dijo.

—Nado en la piscina de casa...

—Eso no es suficiente. Tendría que caminar a diario cinco o seis kilómetros.

—¿Lo hace usted?

—Siempre que me es posible. Pero dejemos ahora esto. Prepárese para conducir el coche.

—Está bien.

Barnes enfocó los prismáticos nuevamente hacia la granja. De pronto, lanzó una exclamación.

—¡Ahora sale!

Un hombre apareció ante sus ojos. A pesar del aparato óptico, no podía distinguir claramente sus facciones, pero no le importó porque si podía seguir el menor de sus movimientos.

El individuo se acercó al coche, abrió la portezuela y se sentó tras el volante. Barnes corrió entonces hacia su automóvil.

—¡Arranque, Elynor!

La joven obedeció. Barnes seguía viendo al coche. Dejó los prismáticos a un lado, puso la caja de control sobre sus rodillas, presionó un interruptor y movió una palanquita que sobresalía en

su centro.

—Ya está. Sígalo.

El coche de Elynor arrancó bruscamente, viró en redondo y se lanzó a toda velocidad hacia el camino.

—Esto le costará cinco mil dólares —anunció.

—No importa —dijo ella—. El caso es que me libre para siempre de ese despreciable sujeto. ¿Qué está haciendo ahora?

Barnes se echó a reír.

—El tipo debe de sentirse enloquecido al ver que el coche se mueve independientemente de su voluntad. Además, no puede salir, porque las puertas están bloqueadas.

—Es decir, lo controla usted por radio.

—Exactamente.

Elynor conducía ahora por la pendiente de la loma a poca velocidad, mientras Barnes hacía que el otro coche rodase por el camino de acceso a la granja, como si lo persiguiesen una docena de policías. Momentos después, llegaban al borde del camino.

Entonces, hizo que el otro coche virase en redondo. Luego lo proyectó contra un árbol, pero frenó antes de que se produjera la colisión. Desde donde se hallaban, podían ver las sacudidas que sufría el ocupante del vehículo, absolutamente impotente para dominarlo.

—Está volviéndose loco, porque no hace más que accionar unos mandos que no controlan absolutamente el coche —explicó él—. Los controles auténticos están debajo de la tapa del motor.

—Su amigo debe ser un genio de la electrónica, supongo.

—Trabajó para la NASA una temporada. Ahora está empleado en una compañía que le paga mucho mejor. Ha realizado verdaderas maravillas y... Bueno, creo que es hora de acabar con la diversión. Cuando el coche pase por delante de nosotros, sígalo.

—Está bien.

Barnes hizo que el automóvil de Elynor virase ceñidamente casi al final del camino. Luego lo lanzó a más de cien kilómetros por hora hacia la granja.

Ella lo siguió; apenas le vio pasar por delante. Barnes redujo un poco la marcha del automóvil del chantajista y permitió que la joven se situase a treinta metros. Luego, cuando entraron en el patio, lo lanzó hacia un cobertizo en ruinas.

Las tablas del edificio volaron ruidosamente por los aires. Barnes frenó en seco y el coche se detuvo, con gran chirrido de ruedas que se clavaban en la tierra.

—Pare, Elynor.

La joven obedeció. Barnes se apeó y corrió hacia el otro coche, que había atravesado el cobertizo. El hombre que se hallaba en su interior le dirigió una mirada de pánico.

Desconectó el aparato de control y abrió la portezuela.

El individuo salió fuera, lanzando atroces imprecaciones. Barnes le arreó un ligero puntapié en la rodilla y el sujeto empezó a chillar. Agarrándolo por los cabellos, le registró y le encontró una pistola, que tiró a un lado. Luego le atizó un seco derecho en el estómago y lo dejó sentado, sin respiración.

—Bueno —dijo—, ha llegado la hora del interrogatorio.

—¿Cree que hablará? —dudó Elynor.

—Sí, seguro.

El chantajista no tenía fuerzas para reaccionar. Barnes buscó su documentación. Había un permiso de conducir a nombre de Jay Barrett. En otro de los bolsillos encontró un grueso sobre, en el que había un par de docenas de fotografías.

—No las dejaste aquí —acusó.

—Se las enviaría por correo, tal como acordamos —contestó Barrett, completamente abatido.

Barnes tendió una mano hacia la joven.

—Mírala bien —dijo—. ¿Es ella la mujer que figura en las fotografías?

—Tiene dinero, ¿no? —contestó Barrett cínicamente.

—Es una frase digna de ser grabada en mármol. De modo que sabías que ella no es la protagonista de esas escenas y querías sacarle un cuarto de millón.

El chantajista se encogió de hombros.

—He fallado, eso es todo.

—Buddy, pregúntele si actuaba solo —indicó Elynor.

—Siempre actúo solo —dijo Barrett orgullosamente—. Si piensan que tengo cómplices, se equivocan.

—Pero alguien te dio esas fotografías...

—Pagué por ellas.

—Y por informes que consigues, me imagino —dijo Barnes.

—Es el ABC del oficio. Pero no tengo socios, de eso pueden estar seguros.

—Buddy, ¿es sincero? —preguntó Elynor.

—Creo que sí, aunque, como conoce a tanta gente, es probable que pueda contestar a algunas preguntas que tengo en la punta de la lengua.

Miró al sujeto torvamente y añadió:

—¿Conocías a mi primo, Jeff Barnes?

—Un poco. Era también del oficio.

—¿Era? ¿Ha muerto?

—Eso se rumorea por ahí. No puedo asegurarlo.

—En tal caso, ¿quién pudo matarlo?

Barrett se encogió de hombros.

—Posiblemente, el mismo que apioló a Nolan.

—¿Quién?

—No lo sé. No he podido captar la onda sobre ese tema.

—Está bien. Mi primo tenía una fulana, Janet Bryce. ¿Sabes dónde puedo encontrarla?

—No. Hace tiempo que ha desaparecido de la circulación.

—¿Asesinada también?

—Lo ignoro.

Barnes meditó unos segundos. De pronto, reparó en la pistola que yacía en el polvo y la recogió.

—Elynor, vigile a este tipo mientras yo busco un trozo de cuerda para dejarlo aquí atado.

—Está bien, Buddy.

Barnes se alejó. Al otro lado de la granja, divisó un coche, que supuso pertenecía al chantajista. Mientras deshinchaba las cuatro ruedas, pensó, sin saber por qué, Rheba Grent, a la que había visto parada ante la residencia de Elynor. Quizá se trataba solamente de una simple casualidad, pero un oscuro instinto le dijo que convendría investigar en aquella dirección.

Encontró la cuerda y regresó al patio. Antes de atar a Barren, sin embargo, lo registró a fondo y encontró un manojo de llaves, de las que se apropió sin el menor escrúpulo.

—¡Deje eso! —aulló el chantajista.

Barnes sonrió maliciosamente.

—Este manojo de llaves permite, sin duda, el acceso a la cámara

del tesoro —dijo—. ¿Nos vamos, Elynor?

—¿Qué hay de mi coche? —preguntó la joven.

—Está un poco abollado y es preciso desmontar los mecanismos de control remoto. Ya vendrá mi amigo a ocuparse de ello.

—Perfectamente.

Subieron al coche. Cuando arrancaban, Elynor formuló una pregunta:

—Buddy, ¿qué piensa hacer con las llaves?

—Abrir la cámara del tesoro, Si me acompaña, claro.

—No tengo ningún inconveniente. ¿Hoy?

—Apenas lleguemos a la ciudad.

CAPÍTULO VIII

El viento silbó tenuemente y levantó un par de remolinos de polvo. En el suelo, Barren gruñó y maldijo, mientras se esforzaba por desatarse de las ligaduras.

Los nudos estaban bien hechos. Empezó a sospechar que le iba a costar bastante quedar libre. Después de reflexionar un poco, decidió arrastrarse hacia la casa. Había visto allí algunos aperos de labranza oxidados. Tal vez el filo de una reja de arado le permitiese cortar las cuerdas que sujetaban sus muñecas.

Penosamente, ganó terreno palmo a palmo, desgarrándose la ropa y arañándose la cara. Maldijo mil veces a Barnes y también se reprochó la avaricia que le había hecho creer tan fácil conseguir un cuarto de millón de dólares. Lo peor de todo era que Barnes desvalijaría su casa, donde tenía preciosos documentos, que podían darle aún mucho dinero...

Llegar al viejo granero, donde estaban los aperos, le costó casi media hora. Cuando se acercaba al arado, alguien le cogió por debajo de los sobacos.

—No se preocupe, amigo, yo le ayudaré a levantarse.

—Gracias —respondió Barrett—. Eh, ¿quién es usted?

—Un amigo, ya se lo he dicho. Así, vamos, en pie...

El chantajista se sintió ligeramente empujado hacia un cajón vacío que había en uno de los lados del granero.

—Tendré que ponerle encima —dijo el desconocido—. Mi lumbago no me permite agacharme para soltarle las cuerdas de los pies.

—Puede soltarme las manos; yo me ocuparé del resto...

El otro no contestó. Barrett se sintió levantado a peso y apoyó los pies en el cajón. De repente, notó que le ponían algo al cuello.

Gritó, lleno de pánico. El hombre ajustó rápidamente el lazo a su garganta. Luego pegó un puntapié al cajón.

Las convulsiones de Barrett cesaron pronto. El asesino se marchó sin volver la vista atrás una sola vez.

—Aquí es —dijo Barnes, hora y media más tarde.

Sacó el manojó de llaves, tanteó con algunas y, al fin, encontró la que abría la puerta. Momentos después, encendía la luz.

Detrás de él, Elynor lanzó un grito de sorpresa. Barnes se quedó con la boca abierta.

—¡Cielos...!

La casa estaba completamente revuelta. Parecía como si hubiese sufrido los efectos de un tremendo ciclón.

Encontraron un despacho, cuya caja fuerte aparecía abierta, pero vacía. El suelo estaba lleno de papeles y libros dispersos sin orden ni concierto. Hasta las sillas y sillones tenían destrozados los asientos y respaldos.

Incluso había sido registrado el frigorífico y los botes de cocina que podían contener algo. Barnes supo muy pronto que su visita iba a resultar infructuosa.

—Se nos han adelantado —resumió así sus poco agradables pensamientos.

—Sí, pero ¿quiénes?

—A juzgar por la cantidad que le pidió Barrett, es un tipo acreditado su profesión, tal vez un temible competidor de Tom Nolan. El asesino de Nolan, parece evidente, lo sabía y por eso vino aquí. Además, es un experto; no hay más que fijarse en que ha sabido abrir la caja sin necesidad de conocer la combinación.

—En eso estoy de acuerdo con usted, Buddy, pero creo que habrá de permitirme una observación —dijo Elynor.

—Desde luego —accedió él.

—Usted puede llamarme egoísta y no se lo reprocharé, pero mis problemas han desaparecido ya. Barrett no volverá a molestarme y yo...

—Entiendo. No quiere preocuparse más del asunto.

—Es lógico. ¿No le parece así?

Barnes hizo un gesto de aquiescencia.

—La razón está de su parte —convino—. Bien, y ahora que ya sabemos que hemos perdido el tiempo, le voy a hacer a usted una proposición.

—¿De qué se trata, Buddy?

—Estoy muerto de hambre. ¿Por qué no nos vamos a cenar a alguna parte?

—Acepto encantada —sonrió ella.

La cena resultó muy agradable. Cuando terminaron, Barnes fijó la vista en el hermoso rostro de la muchacha.

—Elynor, dígame, ¿qué hace usted? —preguntó.

—¿Hacer? ¿Se refiere a trabajar?

—Bueno, más o menos...

—Trabajé en tiempos.

—Pero no para ganar la inmensa fortuna que posee.

—No. Me vino como llovida del cielo.

—A ver, explíquese.

—Yo vivía en Nueva York y estaba empleada en la administración de unos grandes almacenes. Mi padre murió cuando yo tenía nueve años. Mamá también tenía un buen empleo, pero lo dejó cuando nos llamó el hermano de mi padre, Silas Matton. Tío Silas había hecho una gran fortuna y se sentía muy solo en los últimos años de su vida. Mamá no tuvo tiempo de venir aquí porque falleció casi repentinamente. Me quedé sola y entonces, hará tres años, vine a vivir con mi tío. Era ya muy anciano, había nacido nada menos que quince años antes que mi padre. Cuando murió, el año pasado, resultó que yo era su heredera universal. Eso es todo, Buddy.

—Y nadie le disputó la herencia.

—Eso sólo suele ocurrir cuando hay dudas acerca de los herederos. Por otra parte, los abogados de tío Silas son gente competente y honesta, y apartaron pronto a unos cuantos moscones que pretendían meter sus zarpas en el pastel. Nunca he tenido el menor problema al respecto.

—No cabe duda, es usted una mujer afortunada. Pero ¿qué hay de los cazadores de dotes?

—Soy bastante retraída y hago muy poca vida social. Sí, he tenido algunos pretendientes, pero ninguno me agradó lo suficiente. Por ahora, estoy muy bien soltera. ¿Y usted?

—También yo soy soltero, tengo un título, un buen empleo... y mis padres viven en Colorado, en un bonito rancho. Voy todos los años una vez a verlos y tampoco he encontrado nunca una mujer que sea capaz de arrastrarme a la iglesia.

Elynor sonrió.

—La encontrará pronto, se lo aseguro —dijo.

—Pero no tengo prisa —contestó alegremente. De pronto, se puso serio—. Lo único que quiero es encontrar cuanto antes a mi primo... o a su cadáver. Entonces descansaré de veras.

—¿Insiste en buscarlo?

—Sí. En cierto modo, este asunto me está perjudicando bastante y apartándome de mi trabajo más de lo conveniente.

—Comprendo. Ojalá lo consiga, Buddy.

—Gracias. ¿Le parece que nos vayamos?

—Como guste.

Poco después, Barnes dejaba a la joven en la puerta de su casa.

—Llámeme en cuanto sepa algo —pidió Elynor.

—Descuide, no dejaré de comunicarme con usted, en cuanto tenga alguna noticia.

—Y gracias por todo...

Barnes hizo un gesto con la mano.

—Lo he hecho con gran placer —aseguró al despedirse.

Por la mañana trabajó en sus asuntos personales. A mediodía regresó a casa. Estudió un caso que tenía entre manos y, alrededor de las cuatro, sonó el timbre del teléfono.

Era Rheba Grent.

—¿Puedo contar con usted para una cena íntima?

—Naturalmente —respondió el joven—. ¿A las siete y media?

—Estupendo. Ah, y traiga la factura del taller...

—Aún no he llevado el coche —dijo Barnes. Y era cierto.

—Es usted muy descuidado.

—Los daños no son tan grandes, señora Grent.

—Está bien, seguiremos discutiendo esto por la noche.

Barnes colgó el teléfono, pero éste volvió a sonar a los pocos momentos.

—¿Quién llama? —preguntó, con cierto acento de fastidio.

—Yo, Charlie Green... Maldita sea, Buddy, en buen lío me has metido. ¿Por qué diablos tuve que hacerte caso y preparar el coche...?

—A ti no te ha pasado nada —contestó Barnes—. No representó ninguna complicación, de modo que no te quejes.

—Conque no me queje, ¿eh? Como acordamos, hoy fui a buscar

el coche, para desconectar los mecanismos de control remoto. Fui con mi esposa para que ella pudiera volver con el nuestro. Bueno, cuando llegamos a la granja abandonada, nos encontramos un tío colgado del cuello.

—¡Qué! —gritó Barnes—. ¡Repite eso que has dicho, Charlie!

—Ya lo has oído. Estaba más muerto que mi bisabuelo. Alguien lo ató de pies y manos y luego lo colgó de una viga. El susto que se llevó mi mujer no te lo perdonará jamás en la vida. A partir de ahora, has dejado de ser mi amigo, ¿comprendes?

Green estaba furiosísimo y no quiso seguir hablando. Barnes dejó el teléfono en la horquilla, completamente perplejo a causa de la noticia que acaba de recibir.

El ahorcado, no cabía duda, tenía que ser Barrett. Pero su amigo le había dicho que estaba atado de pies y manos. Por tanto, no podía tratarse de un suicidio.

El asesinato estaba claro. La incógnita estribaba en la identidad del asesino.

Durante unos minutos, permaneció inmóvil, tratando de poner en orden sus ideas. Al cabo de un rato, llamó a Elynor y le dio la noticia.

—Horrible —calificó la muchacha—. ¿Se le ocurre alguna hipótesis sobre la identidad del asesino?

—Sólo puedo decirle una cosa: es el mismo que ha cometido otros crímenes; una serie sangrienta que empezó con la muerte de Tom Nolan.

—Parece razonable. Pero ¿por qué, Buddy?

—Cuando en un crimen no intervienen los celos, el dinero suele ser la causa —contestó Barnes.

—El dinero... la competencia en el chantaje y extorsión.

—Sí, eso supongo. Si pudiera encontrar a mi primo, creo que saldríamos de dudas en algunos puntos, pero... sinceramente, yo también creo que está muerto.

—Su cuerpo no ha sido encontrado, Buddy.

—Es tan fácil hacer desaparecer un cadáver... Mire, al asesino de Barrett no le importó dejar allí su cuerpo colgado de la soga. Si hubiese querido, lo habría enterrado allí y... ¿quién lo habría sabido?

—Cierto, Buddy. ¿Qué piensa hacer ahora?

—No lo sé. Tengo la cabeza hecha un torbellino. Ya le diré algo, cuando se me ocurra alguna idea medianamente satisfactoria.

—Tenga cuidado —aconsejó Elynor.

—Gracias, no se preocupe por mí.

El teléfono volvió una vez más a su sitio. Barnes consultó la hora. Aún faltaban dos para, acudir a la cita con Rheba Grent. De pronto, se le ocurrió que no estaría de más darse una vueltecita por la taberna de Maud.

CAPÍTULO IX

Barnes dejó que Maud llenase el vaso, pero se juró a sí mismo por lo más sagrado que no probaría una sola gota de aquella pócima. La mujer atendió después a otro cliente y volvió enseguida junto al joven.

—Tú quieres algo —dijo.

—Sí. Y tú lo sabes, Maud.

—¿Seguro?

Barnes sacó cinco billetes de diez dólares.

—¿Estaba casado Lou Peale? ¿Tenía alguna amiga? Yo tenía que hablar con él, pero Tharn no le dio tiempo. ¿Lo entiendes?

Maud asintió e hizo desaparecer los billetes en su grasiento escote.

—Se llama Eddie Qualey —contestó.

—¡Un hombre! —resopló Barnes.

—No, tonto. El nombre es Edwina, pero todos le dicen Eddie. Vive en esta misma calle, tres manzanas más abajo, en el número setecientos treinta y cuatro.

—Gracias. Tómate mi copa, Maud.

—No te gusta mi matarratas, ¿eh?

—Soy alérgico a esa clase de veneno —se despidió el joven.

Minutos más tarde, llamaba a una puerta, cuyo aspecto indicaba más bien pobreza. Esperó un poco y luego alguien le observó a través de la mirilla.

La puerta se entreabrió un poco.

—¿Quién es? ¿Qué quiere? —preguntó una mujer de voz aguardentosa.

Barnes le enseñó unos cuantos billetes.

—Quiero hablar con usted, Eddie.

Ella terminó de abrir. Su mano se cerró sobre los billetes como si fuese una garra.

—¿No es policía? —dijo.

—No lo soy —confirmó el joven—. Eddie, usted se ha quedado sola.

—Sí. Liquidaron al pobre Lou... En medio de todo, era un buen hombre. Jamás me pegó, como solía hacer mi esposo. Tenía sus defectos, claro, ¿quién no los tiene? pero era amable, atento, cariñoso...

Barnes estudió un momento a la mujer que tenía ante sí, de más de cuarenta años y que había perdido ya todos los atractivos que pudo tener en tiempos. Aunque sintió compasión por ella, no lo demostró; no estaba allí para actuar de reformador caritativo.

—Le mató Hally Tharn —dijo.

—Espero que lo metan en presidio para toda su puerca vida —dijo Eddie rencorosamente—. Pero Hally no lo hizo por propia iniciativa. Alguien le pagó.

—Ahí quería yo ir a parar. ¿Quién?

—No lo sé, pero sí puedo decirle quién conoce bien a Tharn.

—Hable, Eddie, la escucho.

—Se llama Alfie Eastling. Actuaban juntos muchas veces. Estoy segura de que Alfie lo sabe. El pobre Lou decía que Tharn y Alfie no tenían secretos el uno para el otro.

Barnes echó un vistazo a su reloj. Ya no tenía tiempo de visitar al tal Eastling. Iría en otro momento.

—Gracias, Eddie —dijo, después de que la mujer le hubo indicado la dirección del sujeto.

Cuando salió a la calle, respiró a pleno pulmón. Tenía la sensación de que había dado un paso importante en las investigaciones.

Además, y ello tenía su interés, el nombre de Eastling figuraba en la vieja agenda que le había sido robada días atrás.

Rheba Grent le recibió ataviada con una especie de kimono negro, de mangas flotantes y muy largo, debajo del cual, supuso Barnes, había muy poca ropa. Al joven le pareció una mujer bastante afectaba, pese a su hermosura. Pero pensaba en el detalle de haberla visto frente a la casa de Elynor y llegó a la conclusión de que acaso podría sonsacarla algo sobre el particular.

—De modo que aún no ha hecho arreglar el auto —dijo, después de las primeras palabras de bienvenida.

—No tengo prisa, señora Grent...

—Por favor, llámeme Rheba. ¿Una copa antes de cenar?

—Gracias.

El apartamento era elegante, sin excesivos lujos, pero daba la sensación de que su dueña vivía holgadamente. Barnes tomó un sorbo de la copa que le habían ofrecido y luego se sentó en el sofá.

—La cena estará lista dentro de diez minutos —anunció Rheba—. Mi cocinera se ha retrasado un poco porque quería que todo saliese bien. Supongo que no le importará.

—Oh, no, en absoluto.

—Señor Barnes... Bien, si no le importa, le llamaré Buddy...

—Será un placer —contestó él.

—Gracias. ¿Puedo saber en qué trabaja?

—Soy asesor jurídico de una importante empresa. Es un buen empleo y estoy muy satisfecho.

—No me cabe la menor duda. ¿Soltero?

—¿Y usted?

Rheba se echó a reír.

—Viuda... si le parece bien.

—Me parece estupendo.

Ella se puso un cigarrillo entre los labios. Barnes se lo encendió galantemente. Y, en aquel momento, sonó el teléfono.

—Discúlpeme, Buddy.

Barnes se recostó en el diván. De pronto, observó que Rheba parecía ponerse muy nerviosa.

—Oh, no, ahora no... Imposible... Por favor, querido...

No me hagas esta jugarreta... Está bien, si no hay otro remedio... Estaré allí dentro de media hora.

Rheba golpeó violentamente el teléfono contra la horquilla. Barnes la miró con interés.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Ella estaba desolada.

—Tengo que salir —contestó—. Es un asunto inaplazable.

—No sabía que fuese una mujer de negocios.

—Tengo intereses en un local nocturno. Hay un contratiempo que el gerente no sabe cómo resolver. Si pudiera evitarlo...

—No se preocupe, Rheba, lo primero es la obligación. Vaya y no se preocupe por mí.

—Me cambiaré de ropa... Por favor, Buddy, cene usted cuando le sirvan. Adela, la cocinera, recibirá instrucciones al respecto. Gracias.

Rheba fue a las habitaciones interiores y volvió a salir diez minutos más tarde.

—Espéreme, no creo que tarde más de una hora en volver. Si se aburre encienda la televisión.

—De acuerdo.

La cocinera apareció al poco rato.

—Tiene la cena sobre la mesa —anunció—. Yo me marchó, señor.

Barnes frunció el ceño.

—Creí que se quedaría...

—Ya he estado una hora más de lo que me corresponde. No me lo tome a mal, también tengo que hacer cosas en mi casa.

—Está bien, no se preocupe, Adela.

La mujer se marchó. Barnes se levantó y pasó al salón íntimo, donde estaba puesta la mesa.

Durante unos momentos, estudió el ambiente de la estancia. La marcha de Rheba se le antojaba demasiado precipitada. Claro que, a lo mejor, estaba justificada.

Pero él se hallaba solo en una casa desconocida, en un lugar en el que jamás había estado hasta entonces. De repente, se sintió muy aprensivo.

Los platos, a punto de ser consumidos, parecían muy apetitosos. Pero no sentía el menor deseo de comer.

Bruscamente, creyó oír un ruidito en la entrada.

Había unas cortinas parcialmente recogidas en la puerta de acceso al salón. Barnes se movió silenciosamente, refugiándose al otro lado de las cortinas.

Esperó unos momentos. Alguien se acercaba cautelosamente.

Contuvo la respiración. Bruscamente, apareció un hombre en su campo visual. No le había visto en su vida, pero la pistola con silenciador que vio en su mano derecha le confirmó en la idea de que había sido conducido a una trampa.

Actuó relampagueantemente, moviendo el pie derecho con todas sus fuerzas. La pistola saltó por los aires y el asesino se tambaleó.

Barnes se sentía muy furioso y descargó su ira en el sujeto,

arreándole dos tremendos puñetazos, muy seguidos, que lo dejaron sin conocimiento instantáneamente. Al verlo tendido en el suelo, hizo una profunda inspiración.

—Estorbo a alguien —masculló.

Meditó unos segundos. Luego, de pronto, se inclinó sobre el caído y le registró a fondo.

Encontró veinte billetes de cien dólares y decidió guardárselos sin escrúpulos. Estaba haciendo gastos excesivos aquellos días y debía compensar las pérdidas.

El individuo se llamaba Sid Payne.

—Si no es una documentación falsificada —murmuró.

Pero eso no tenía mayor importancia para él. Inclinandose, registró cuidadosamente al asesino.

Payne tenía una agenda con numerosas anotaciones. Una de ellas llamó especialmente su atención:

«Contrato por 2000 con J.B. ¿Janet Bryce?».

Barnes chasqueó los dedos. Empezaba a comprender que la parada de Rheba frente a la casa de Elynor no había sido casual. Pero, claro, Rheba no era su verdadero nombre, sino Janet Bryce, la amante de su primo.

Repasó la agenda sin profundizar demasiado. Payne era un hombre metódico, que anotaba todas las entradas. Había muchos nombres escritos, no de víctimas, sino de personas que habían contratado sus mortíferos servicios. Para la Policía, resultaría inapreciable.

Al cabo de unos minutos, fue al dormitorio y rasgó una sábana para obtener tiras con las cuales atar y amordazar al asesino. Cuando terminó, abandonó la casa, llamó a la Policía desde una cabina próxima y emprendió el regreso a la suya, un tanto chasqueado por el final de la aventura, pero, en el fondo, contento de haber salido con el pellejo intacto.

Madrugó relativamente y, a las nueve, estaba llamando a la puerta de la casa de Elynor. Hubner, el mayordomo, le condujo al comedor.

—Buddy, qué sorpresa —exclamó la joven—. No le esperaba tan pronto... ¿Quiere desayunar conmigo?

—Aunque le parezca raro, a eso he venido —sonrió Barnes.

—Está bien. Hubner, otro cubierto, por favor.

—Bien, señorita —contestó el mayordomo.

Elynor miró fijamente al joven.

—Trae noticias —adivinó.

—Sí.

—Yo también tengo otra para usted.

—¿Interesante?

—Según se mire. Parece ser que hay alguien que opina que no soy la heredera de tío Silas.

Barnes parpadeó.

—¿Le disputan la herencia?

—Recibí una carta esta misma mañana. Está firmada por la otra Elynor Matton, la prima lejana que se llama lo mismo que yo. Me acusa de impostora y asegura que va a poner el caso en manos de sus abogados.

—Puede ser un serio problema, Elynor.

—Sí, pero yo soy la auténtica sobrina de Silas Matton. La otra no es sino hija de un primo en tercer grado. Tío Silas me contó más de una vez la historia de la familia. Cierto que tenemos un antepasado común, Matton, lógicamente, pero sus descendientes se escindieron en dos ramas, que luego, con el tiempo, perdieron todo contacto entre sí.

—¿Tienes ahí la carta? —preguntó el joven.

—Claro.

Elynor se levantó, fue a una consola, la abrió y extrajo un papel doblado, que puso en manos de su invitado. Barnes la leyó con toda atención.

—Al fin, su prima ha dado señales de vida —sonrió.

—No es una noticia agradable —se quejó la joven.

—No, no lo es. Pero esto tiene solución.

—¿De veras?

—¿Quiere dejarlo en mis manos?

—No sabe cuánto se lo agradecería...

Hubner entraba en aquel momento con otro servicio. Barnes se echó a reír.

—Agradézcamelos con este desayuno —dijo—. Estoy muerto de hambre, si no le importa una expresión tan vulgar.

La joven sonrió encantadoramente.

—Pero también es muy sincera —contestó.

Después del desayuno continuaron hablando. Elynor se asustó cuando supo que Barnes había visto su vida en peligro. Luego, reflexionando, dijo:

—Si ha localizado a Janet Bryce, podría preguntarle qué ha sido de su primo, ¿no le parece?

—Lo dudo mucho. A estas horas, Janet ha levantado el vuelo. Estará escondida sabe Dios dónde... y en estos momentos, me interesa mucho más la que dice ser legítima heredera de su tío Silas.

—¿Tiene algún plan, Buddy?

—Si la otra Elynor ha decidido estafarla, empezó con mal pie, porque, al escribirla, ha dado su dirección. No se puede reclamar una fortuna escondiéndose donde nadie sepa dónde encontrarla a uno.

—Y piensa ir a verla.

—Hoy mismo, aunque antes quiero hablar con el socio del tipo que asesinó a Lou Peale.

—¿Me llamará en cuanto sepa algo?

—Se lo prometo.

Elynor tendió la mano al joven. Barnes la oprimió suavemente.

—He desayunado como nunca —sonrió.

—Puede venir siempre que guste —contestó ella, sin hacer el menor gesto para retirar la mano.

—Quizá a la hora de la cena...

—No falte, Buddy.

—No faltaré —prometió Barnes.

Era una muchacha encantadora, que se había visto de repente complicada en una serie de conflictos, derivados de la fortuna que había heredado. Pero no permitiría que la sucediese nada, se propuso firmemente.

CAPÍTULO X

—Tu nombre estaba en la agenda que me robaron y que pertenecía a mi primo —dijo Barnes dos horas más tarde, cuando se vio en presencia de Alfie Eastling—. Y tu socio no lo va a pasar muy bien, porque le han acusado formalmente de homicidio premeditado.

—Eso no reza conmigo —contestó Eastling, un sujeto bajo, de mirada huidiza y con una mancha de nacimiento en la mejilla izquierda, que no contribuía precisamente a mejorar su aspecto físico—. La Policía me ha acibillado a preguntas, pero no me han podido probar nada que tuviera que ver con la muerte de Peale.

—Sin embargo, tengo entendido que tú y Hally erais uña y carne.

—Bueno, para otros asuntos, sí, desde luego.

—¿Qué asuntos?

—Mire, esta vez Hally se metió de bruces en un buen lío. Sé que le pagaron mil pavos por liquidar a Peale, pero nunca, hasta ahora, había hecho nada semejante. Claro que el que le pagó sabía que ambos teníamos una cuenta pendiente con Lou. Nos traicionó una vez, ¿sabe?

—¿Qué hizo?

—Encontramos un primo, le desplumamos casi cuatro mil dólares... y Lou se chivó a la Policía.

—Entiendo.

—Yo hubiera preferido romperle unos cuantos huesos, pero Hally quería darle un escarmiento definitivo. No valía la pena —dijo Eastling despectivamente.

—En eso estoy de acuerdo contigo. Pero ¿quién le pagó a Hally por el asesinato?

Eastling se encogió de hombros.

—No lo sé. Cuando insinuó algo al respecto, le dije que no

pronunciase una palabra más. Si le timas a un tío, éste puede reponerse y, en el peor de los casos, vas a la cárcel por una temporada. Pero la muerte es algo que no tiene arreglo.

—Indudablemente. Alfie, ¿crees que fue Janet Bryce la que le pagó por matar a Lou?

—No sé quién es esa dama. Créame, soy sincero...

—Te he dicho mi nombre. ¿Conociste a mi primo, que se llama exactamente igual que yo?

—Sí, claro, ¿quién no lo conocía?

—Se había convertido en un personaje célebre, ¿eh? —dijo Barnes sarcásticamente—. Vamos a ver, Alfie, ¿qué ha sido de mi primo? ¿Está vivo? ¿Ha muerto?

—Los rumores que corren por ahí no son optimistas. Todo el mundo dice que la ha diñado. Un ajuste de cuentas, ¿sabe?

—Así, pues, tenía enemigos.

—Lo que no tenía era amigos —contestó Eastling con una risita burlona—. Pero es imposible saber quién se lo cargó. A menos que...

—¿Qué, Alfie?

—Es posible que haya una prójima que sepa algo. Se llama Edith Dirkton. Una mujer de una pieza. Los vi juntos un par de veces. Ella es la dueña del Vito's.

Barnes se quedó parado. Casi se había olvidado de Edith y, desde luego no suponía en absoluto que aquella hermosa mujer pudiera estar mezclada en asuntos nada limpios.

Resultaría conveniente hablar con ella, se dijo.

—Está bien, Alfie. Olvida que me has visto. No me conoces ni sabes que mi primo tiene... un primo. ¿Entendido?

—Váyase tranquilo —contestó el hampón.

Cuando salió de la casa, se sintió tentado de ir a ver a Edith, pero se lo pensó mejor y se decidió por conocer a la otra Elynor Matton y, a la vez, tratar de conocer sus verdaderas intenciones.

Tenía unos treinta y dos años, era bastante alta y de silueta exuberante. Ahora resultaba enormemente atractiva, pero dentro de diez años la grasa le rebosaría por todas partes.

—No le conozco a usted, señor Barnes —dijo, después de leer la tarjeta de visita que le había entregado el joven.

—Vengo en representación de su pariente, la señorita Matton —

contestó él audazmente. Y, en cierto modo, era verdad—. Ella es mi clienta y me ha puesto al corriente de la carta que usted le envió, declarándose única heredera de los bienes de Silas Matton.

—Y así es —contestó la otra Elynor con gran energía—. Ella no es más que un impostora, a la que pronto voy a desenmascarar...

Durante un par de minutos, continuó soltando una retahíla de palabras y frases de una crudeza considerable. Barnes la escuchó pacientemente, en silencio, mientras examinaba la decoración del lugar en que se hallaban.

Elynor ocupaba la *suite* de un hotel de lujo. Aquello costaba dinero, se dijo.

—Y ya lo sabe usted —finalizó ella su violenta filípica—; lo mejor será que ceda sin plantear problemas, porque, de lo contrario, podría verse entre rejas para un montón de años.

Barnes no pestañeó al oír aquella amenaza.

—¿Quién la ha pagado a usted por desempeñar esta comedia? —preguntó.

—¿Cómo dice?

—Vamos, vamos, no me venga con cuentos. Esos aires de dignidad ofensiva, esa apariencia de virtud en apuros, la sientan a usted tan bien como un abrigo de pieles a un oso polar. Usted descende de la otra rama de los Matton y, salvo el apellido, no tuvo ninguna otra relación con el difunto Silas. El que la metió en este jaleo, sólo espera sacar una buena tajada del negocio y no le importa en absoluto que se demuestre la verdad de una supuesta heredera de la fortuna de Silas.

—Será mejor que salga de aquí... o llamaré a la Policía —protestó Elynor.

Barnes se sentó en una butaca y cruzó las piernas.

—Llame, ande —la desafió—. La noticia se divulgará, su retrato aparecerá en los periódicos. También saldrá a relucir su trabajo en el Vito's, oficialmente como camarera y, menos oficialmente, como... —Barnes tosió de una forma ficticia—. Digamos dispensadora de afecto y cariño a los clientes que podían pagar cincuenta o cien dólares por un ratito a su lado.

—¿Me está llamando prostituta? —aulló la mujer.

—¡Por Dios, cómo se me podría ocurrir tal cosa! Yo no se lo llamo; se lo llaman los demás. Y, por otra parte, usted sabe que es

cierto. Me he informado bien antes de venir a verla.

Elynor pareció amansarse un poco.

—La vida me trató muy mal —se defendió.

—No lo dudo, pero usted ha trabajado en el Vito's hasta hace poco.

—Eso es cierto.

—Y alguien la convenció para que iniciara esta absurda reclamación de una herencia a la que tiene tanto derecho como yo.

Ella apretó los labios.

—A fin de cuentas, éramos parientes —contestó.

—En cuarto grado, mientras que la otra Elynor es hija del hermano de Silas. Además, existe un testamento en toda regla, jurídicamente inatacable. De haber muerto Silas sin testar, es posible que usted hubiera tenido derecho a una parte de esa fortuna. Pero no fue así.

Barnes se encaminó hacia la puerta.

—Dígaselo a quien la ha metido en este jaleo —añadió—. Si esa persona quiere sacar tajada del pleito, está perdiendo el tiempo. Es más, usted podría verse metida en un buen lío.

—Aunque fallaran en mi contra, la reclamación es legal...

—Sí, pero a usted la ha aconsejado alguien que tiene más de una muerte sobre su conciencia.

Elynor se quedó helada.

—No es cierto...

—Lo es. Y todavía más, si me permite el consejo: abandone el asunto. Hoy, ahora mismo, antes de que sea demasiado tarde.

Ella pareció quedarse muy preocupada.

—De todos modos, me gustaría hablar con mi prima —manifestó.

—Vaya a verla, ella no tendrá inconveniente en recibirla —aseguró el joven.

—Iré, pero antes tengo que reflexionar...

—No se lo piense mucho. Y, a propósito. ¿De quién ha salido la idea de reclamar la herencia?

Elynor remoloneó un poco y, al fin contestó:

—De ella, ¿de quién va a ser?

—¿Janet Bryce?

—Me refiero a Edith Dirkton. Está hasta el cuello de deudas,

¿sabe?

Barnes sonrió.

—No, no lo sabía —dijo.

—Y, como se descuide, perderá el Vito's, porque se lo embargarán. —Elynor suspiró—. En fin, no ha podido ser, pero habría resultado tan bonito... —Miró al joven—. Lo malo es que estoy sin blanca...

—Vaya a ver a su prima. Yo hablaré con ella. Le prometo que hará algo para arreglar su situación, como agradecimiento a lo que ha hecho por ella.

Barnes abandonó el hotel, satisfecho del resultado de la entrevista. En la calle, buscó una cabina telefónica y llamó a Elynor, a quien informó del resultado de su gestión.

—No sé cómo darle las gracias, Buddy... Espero que venga a cenar conmigo esta noche —dijo la muchacha.

—No se lo garantizo. Tengo que ver a cierta persona y eso podría retrasarme más de lo calculado. En todo caso, procuraré darme prisa.

—Está bien. Llámeme en cuanto pueda.

—Sí, Elynor.

Barnes hizo una llamada a continuación. Alguien le dijo que la señora Dirkton no estaba en casa. Acababa de salir hacia el Vito's, informó la sirvienta.

—Gracias —contestó el joven.

Casi era de noche. Subió a su automóvil y se dirigió hacia la sala de fiestas, a la que llegó un cuarto de hora más tarde. El portero le informó que la señora Dirkton no había llegado aún, pero que, de todas formas, entraría por la puerta lateral, dirigiéndose directamente a su despacho.

El Vito's era un edificio de forma cúbica, rematado en una cúpula semiesférica. En el lado este tenía una gran explanada destinada a los coches de la clientela. Barnes llevó el suyo y se situó en las inmediaciones de la puerta lateral. Sin bajarse del vehículo, esperó pacientemente, dispuesto a abordar a Edith apenas se hiciera visible.

Edith llegó media hora más tarde. Sin duda, calculó Barnes, había estado cenando en alguna parte. Desde su observatorio, la vio apearse del automóvil y cerrar la portezuela con llave.

En aquel momento, otro coche se puso en movimiento sin apenas hacer ruido. Edith estaba muy ocupada, con la vista fija en el bolso en el que guardaba las llaves del coche.

El otro automóvil se detuvo un segundo, a tres pasos de la mujer. En la ventanilla izquierda brillaron varios relámpagos.

Edith gritó y se tambaleó. El último disparo la lanzó contra su propio automóvil, desde donde cayó al suelo, hecho un ovillo.

Barnes se quedó estupefacto. Antes de que pudiera reaccionar, el asesino disparó una vez más y le perforó uno de los neumáticos delanteros. Luego, el coche aceleró con un potente rugido y se perdió de vista antes de que el sorprendido joven tuviera tiempo de reaccionar.

Sin embargo, salió del coche y corrió hacia Edith, arrodillándose a su lado, mientras empezaban a escucharse los primeros gritos de alarma. Cuando vio sus heridas y el pecho cubierto de sangre, cuando apreció que ya no respiraba y vio que tenía la cabeza doblada sobre el pecho, se dijo que, si Edith sabía algo, se había llevado su secreto a la tumba.

CAPÍTULO XI

—Es terrible —dijo Elynor aquella misma noche, mientras se paseaba nerviosamente arriba y abajo por el salón en donde había recibido a su visitante—. ¿Por qué ha tenido que morir esa mujer?

Barnes estaba derrumbado sobre una butaca y jugueteaba con un vaso mediado de *whisky* que ella le había servido momentos antes.

—¿Sabes una cosa? —dijo, después de pensárselo mucho—. En el fondo de todo hay dos motivos a los que achacar estos crímenes: la muerte de Tom Nolan, en primer lugar, y tu fortuna en segundo.

—No entiendo —declaró ella.

—Tom Nolan debía de haber preparado algún golpe de envergadura. Alguien se enteró, decidió sacar tajada del asunto, Nolan se negó y lo despacharon de un balazo. De este modo, el asesino se hizo con su clientela y se dispuso a ejecutar el golpe por su cuenta.

—Parece razonable, pero ¿cuál es el golpe que pensaba dar Nolan?

—Tú —contestó Barnes lacónicamente.

—¿Yo? —se extrañó Elynor.

—Sí, insisto en ello.

—Pero el chantaje que querían hacerme no dio resultado...

Barnes meneó la cabeza.

—Debe de ser otra cosa que no me siento capaz de adivinar —respondió—. Pero no puedes evitar ser una mujer rica y eso disipa muchos escrúpulos. Lo siento, no puedo pensar de otra manera.

—Buddy, nunca he dado demasiada importancia al dinero —expresó la muchacha—. Vine aquí porque me reclamó mi tío pero si no me hubiese llamado, seguiría siendo la misma, la empleada que ganaba un salario semanal decoroso y sin grandes pretensiones. Es más, debo decirte que esta mansión me abruma a veces y que he

pensado venderla en más de una ocasión y mudarme a una casa mucho menos grande.

—Tú piensas así y eso debe hacer que te sientas orgullosa de ti misma, pero otras personas tienen opiniones muy diferentes. Tiene mucho dinero y alguien ha pensado que podría conseguir una buena parte de esa fortuna. Cómo es algo que ignoro por el momento, pero tendremos que averiguarlo de la forma que sea.

—No veo de qué manera podrás...

Barnes apuró el *whisky* y entornó los ojos.

—Si pudiéramos tender una trampa al asesino... —murmuró pensativamente. De súbito, chasqueó los dedos—. ¡Creo que ya lo he encontrado! —exclamó.

Ella le miró esperanzadamente.

—Dime, por favor —pidió.

Barnes le explicó su plan. Elynor se sintió dubitativa.

—¿Tú crees...?

—Será cosa de esperar dos o tres días. Pero antes tendré que instruir a cierta persona para que nos ayude, creo que lo conseguiré.

—Si se trata de dinero, pídemelo lo que sea. No me importa el coste de la operación; lo que quiero es salir cuanto antes de esta pesadilla.

Barnes sonrió.

—De momento, tengo la mayor parte del dinero que alguien pagó a un asesino profesional —contestó—. Pero tendrás que añadir algo... cuando llegue el momento. ¿Entendido?

Elynor hizo un movimiento afirmativo.

—Con tal de que todo salga bien, haré lo que me indiques —contestó.

Aquella misma noche, Barnes volvió a hablar con la otra Elynor, a la que entregó mil dólares.

—Edith ya no pagará la cuenta del hotel y puedes verte metida en un buen jaleo. Pero alguien quiere ayudarte, a cambio de tu ayuda —dijo.

Elynor se sintió muy perpleja.

—¿Qué debo hacer? —preguntó.

Barnes se lo dijo. Ella dudó un poco.

—¿Daré resultado?

—Estoy seguro. Si actúas como te he indicado —respondió él.

—Bien... En tal caso... De acuerdo, lo haré. Buddy, mira, yo puedo tener muchos defectos y, desde luego, no me considero una mujer virtuosa, pero hay algo que no me gusta y es el asesinato. Apreciaba mucho a la pobre Edith, a pesar de que a veces nos trataba poco menos que a latigazos. Pero lo hacía por los clientes y jamás nos defraudó ni nos quitó un centavo de la parte que nos correspondía. Tengo ganas de ver entre rejas al tipo que la asesinó y haré lo que tú me has dicho.

—Convida a tus amigas, muéstrate generosa —aconsejó el joven—. No dejes de presumir del asunto, ¿estamos?

Elynor sonrió.

—Buddy, nuestra rama de los Matton procede de Arkansas. Siempre he deseado volver allí, comprarme una casita, montar algún negocio...

—Lo conseguirás —prometió el joven, con el aire de quien está al lado de un personaje muy poderoso—. Pero no dejes de observar y llámame por teléfono en cuanto veas algo que puede interesarme. Si no estoy en mi casa, llama a la de tu prima. ¿De acuerdo?

Ella se le acercó impetuosamente y le besó en una mejilla.

—Mi prima es una mujer afortunada y no lo digo porque tenga mucho dinero —exclamó.

Barnes se rozó la mejilla con los dedos.

—No seas mal pensada —contestó riendo.

Pero le halagaba que Elynor pensara de aquella manera.

Tres días más tarde, Barnes recibió una llamada telefónica:

—Soy Elynor, la de Arkansas.

—Hola —contestó el joven—. ¿Cómo va todo?

—Creo que lo hemos conseguido.

—¿Sí?

—Hice lo que me decías. Las chicas me felicitaban continuamente. Las invité a varias rondas. Un tipo se me acercó anoche y me hizo algunas preguntas con aire descuidado. Es un tal Cleff El Ratón. Le vi luego hablar por teléfono con alguien. Seguro que se chivó.

—Comprendo. ¿Conoces bien a ese tal Cleff?

—¡Ya lo creo! Trabaja en el Vito's como confidente de Edith y le contaba montones de cosas nuestras. Ahora debe de tener otro patrón.

—¿Puedes decirme dónde vive?

—Desde luego.

Una hora más tarde, Barnes llamaba a una puerta, en un edificio de apariencia vulgar. Alguien abrió inmediatamente y el joven disparó su puño derecho sin más preámbulos.

El sujeto, sorprendido, cayó con los pies por alto. Barnes entró, cerró con doble vuelta de llave y lanzó una mirada al confidente, que trataba de rehacerse de la sorpresa recibida.

El Ratón se sentó en el suelo, tanteándose la mandíbula. De pronto, echó mano a uno de sus bolsillos y sacó una navaja automática.

Barnes le arreó una patada en la mano y el arma salió despedida. El Ratón emitió un atroz juramento.

—Pero ¿por qué diablos...?

—Ponte en pie —ordenó el joven.

Cleff obedeció, frotándose la mano dolorida.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó.

—Ayer estuviste haciendo unas preguntas a Elynor Matton.

—Bueno, sé que ha tenido mucha suerte con una herencia... Sentía curiosidad, eso es todo.

—Luego hiciste una llamada telefónica.

El rostro del sujeto se oscureció.

—Esa maldita zorra...

—Deja a Elynor en paz. ¿A quién llamaste?

El Ratón apretó las mandíbulas. Barnes decidió mostrarse paciente.

—Mira, Cleff, voy a ser sincero contigo. La persona a quien diste el informe te ha prometido, sin duda, un saco lleno de billetes de banco. No le hagas caso; lo más que puedes sacar es una bala en las tripas. Recuerda a Lou Peale, por ejemplo, sin olvidar tampoco a Tom Nolan y otros. Los utiliza y luego... Bueno, ojalá se limitase a tirarlos a la basura. Pero los envía al cementerio, para que no le hagan sombra ni puedan sacarle dinero el día de mañana. ¿Lo vas comprendiendo?

El Ratón pareció sentirse muy impresionado por aquellas frases.

—Yo creo que a mí no...

—Eso mismo debieron de pensar los muertos. Uno de ellos murió ahorcado y no debió de resultarle muy agradable. ¿Recuerdas

lo que le pasó a la dueña del Vito's?

Cleff se lamió los labios aprensivamente.

—Bueno, ¿qué quiere de mí? —preguntó.

—Eso ya está mejor —contestó Barnes, sonriendo satisfecho—. Mira, quinientos dólares en mano, valen más que veinte o treinta mil que creas pueden pagarte algún día. Sólo quiero que hagas una llamada, repitiendo exactamente lo que voy a decirte. Después, te esfumarás unos días de la ciudad, por tu propio bien. Si esa persona te llama y te dice que vayas a recibir la recompensa, no lo hagas; lo único que conseguirías era recibir un par de tiros. ¿Está claro?

—¿Ha dicho quinientos pavos? —exclamó El Ratón.

Barnes le enseñó los billetes. Resultaba paradójico que estuviese consiguiendo éxito con el dinero que había servido para pagar a un asesino profesional.

—Los tendrás apenas hayas hecho esa llamada... ¿a quién?

—Janet Bryce.

—Me lo figuraba. Seguramente, no sabes dónde está ahora.

—No. Ella me llamó por teléfono y me dio un número, no la dirección.

—¿Estás seguro que es Janet?

—Absolutamente. Conozco muy bien su voz.

—De acuerdo. Ahora... Espera, antes quiero hacerte una pregunta. ¿Qué sabes de Jeffrey Barnes?

—Está muerto.

—¿Seguro? —dijo el joven asombrado por la rotundidad de la respuesta.

Él Ratón hizo un gesto afirmativo.

—Tan muerto como Abraham Lincoln —respondió.

—Pero ¿lo has visto?

—Sí.

Barnes guardó silencio unos instantes. Allí, delante de él, tenía un testigo que aseguraba haber contemplado el cadáver de su primo.

—¿Qué le pasó? —preguntó, pasados unos momentos.

—Le pegaron un tiro. Yo le vi en casa de Janet. Estaba en la cama, con el pecho lleno de sangre. Janet dijo que había sido uno de los compinches de Nolan. Creían que él lo había liquidado, ¿comprende?

—Sí. Pero ¿qué fue del cadáver?

—Janet me dijo que se ocuparía de llevarlo fuera de la ciudad. No quería líos con la Policía y me pareció que era lo mejor.

—¿La ayudaste a llevar el cuerpo a alguna parte?

—Rayos, no; en cuanto lo vi, me largué de allí a toda velocidad. Compréndalo, yo tampoco quería líos. Y como ha dicho antes, me iré unos días fuera; esta población se está poniendo imposible.

Barnes le entregó el dinero.

—Gracias, Ratón. Ahora vamos a hacer esa llamada telefónica. Atiende bien lo que voy a decirte y ten en cuenta una cosa: no intentes avisarla con alguna contraseña, porque esa ayuda de nada te servirá. Janet te está utilizando y, cuando le convenga, acabará contigo. A fin de cuentas, viste el cadáver de mi primo en su casa y no puedes asegurar que lo matase algún amigo de Nolan. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí. Para mí que fue ella... por celos, seguramente, pero eso no importa ahora. ¿Qué es lo que tengo que decir?

Barnes abandonó la casa poco más tarde. Al verse en la calle, suspiró aliviado.

Le parecía que sus problemas estaban a punto de finalizar. Pero, aun así, sentía ciertas dudas.

—Si Janet muerde el anzuelo...

Deseó que sucediera así. O no tendría ya posibilidades de intentar tender una nueva trampa.

Elynor inclinó la cafetera y llenó la taza de su huésped.

—Estás muy nervioso —observó.

—Si —admitió Barnes—. Y lo peor de todo es que no puedo evitarlo.

—Será mejor que te tranquilices. Las cosas deben ocurrir y nada podrás hacer ya para impedir lo irremediable.

—Lo sé. Además, estoy seguro de que me calmaré cuando empiece... la cosa. Me sucede igual que al actor que está a punto de salir a escena, para el estreno de una obra importante. Es un manojo de nervios, pero apenas se levanta el telón, se olvida de todo y se concentra solamente en el papel que ha de desempeñar.

—Es una metáfora muy acertada —sonrió Elynor. Y, en aquel momento, apareció Hubner, el mayordomo.

—Señorita, hay una dama que se llama igual que usted y que

desea verla —anunció.

—Ah, sí, es mi prima Elynor. Hágala pasar, por favor.

Hubner se inclinó.

—Bien, señorita.

La otra Elynor entró momentos después. Las dos mujeres se contemplaron unos segundos. Luego, la más joven avanzó al encuentro de la recién llegada y la abrazó y besó afectuosamente.

—Celebro conocen, prima —dijo—. Siéntate y tomarás café con nosotros.

—Gracias —contestó la antigua camarera del Vito's paseando la mirada a su alrededor—. Vives bien —comentó.

—Estoy pensando en vender la casa —respondió la muchacha—. Prima, Buddy me ha dicho que quieres volver a tu país.

—Eso me gustaría, pero lo veo difícil...

—No lo creas. A fin de cuentas, no puedo olvidar que descendemos de un antepasado común. Además, tío Silas dejó más dinero del que podría gastar en toda mi vida. Sería injusto que no compartiese contigo un poco de esa fortuna. He estado pensándolo mucho y, al fin, he tomado una decisión.

Elynor fue a la consola, abrió un cajón y sacó un rectángulo de papel que puso en las manos de la otra.

—Aquí tienes —dijo—. Podrás comprarte la casa que desees y hasta montar un negocio si te parece bien.

La otra miró la cifra escrita en el cheque y creyó que iba a desmayarse.

—Oh, no, no... Es demasiado...

Intentó rechazar el cheque, pero Elynor insistió firmemente. Su prima volvió los ojos hacia el joven. Barnes no pudo decir nada, porque, en aquel momento, sonó el teléfono.

La dueña de la casa tomó el aparato, escuchó un instante y luego se lo pasó a Barnes.

—Para ti, Buddy —anunció—. Es de un tal Alfie...

—¿Alfie? —dijo él, extrañado—. Creí que se habría marchado de la ciudad... En fin, vamos a ver qué quiere.

Eastling fue rápido y conciso:

—Señor Barnes, sé dónde Janet Bryce tiene otra de sus guaridas. Me he enterado por casualidad, charlando con un amigo... Bueno, esto no importa demasiado, pero me pareció que a usted sí podría

interesarle. Además, ella no está ahora allí. Usted me entiende, ¿verdad?

—Sí, Alfie, pero ¿por qué lo haces?

—Yo tenía un socio y ahora está en el cementerio. No merecía terminar de tan mala manera.

—Comprendo. ¿Dónde está esa... guarida?

—Calle Dawson, ochocientos noventa y seis. Reside allí bajo el nombre de Jean Bieldes. Adiós.

Barnes colgó el teléfono pensativamente. En cierto modo, la calle Dawson no estaba tan lejos. Y, por otra parte, confiaba en volver a tiempo si se decidía hacer una incursión en aquella casa. Podría conseguir informes muy valiosos.

Miró a Elynor, la más joven.

—Tengo que salir. Volveré lo más pronto posible —dijo al fin.

Elynor no puso ninguna objeción, porque sabía que el joven actuaba en su interés.

El apartamento estaba cerrado con llave, pero Barnes supo convencer al conserje con una buena propina. Con la llave maestra, abrió sin dificultad y cruzó el umbral. Cerró a sus espaldas y examinó el interior del piso.

Lo primero que vio fue un proyector de cine, frente a una pantalla. Había un rollo situado en el aparato y lo puso en marcha.

Momentos después, contempló imágenes de Elynor en el interior de su residencia, tomadas muchas de ellas con teleobjetivo. Elynor había sido filmada sin que lo supiera y pudo verla ataviada con distintas clases de indumentaria y con diferentes peinados.

Aquello, adivinó, era obra de una paciente labor de espionaje. Pero ¿con qué objeto?

Cuando terminó la proyección, se sintió tentado de ver los cinco o seis rollos más que había en una mesa contigua, pero se imaginó que todos debían de contener imágenes muy parecidas. Pasó al dormitorio y encontró una serie de vestidos idénticos a los que Elynor llevaba puestos en los distintos momentos en que había sido filmada. También encontró varias pelucas con diferentes peinados ellas del mismo color que los cabellos de la joven.

Continuó el registro. Empezaba a forjarse una hipótesis acerca de lo que pretendía Janet. Pasó a un gabinete de trabajo y encontró algo muy interesante en la mesa.

Había una carta, en la que Elynor daba respuesta a una petición de dinero, para una supuesta asociación benéfica. La joven había enviado un cheque de quinientos dólares, según se desprendía del contenido de la misiva. Su firma se leía con claridad al pie del escrito.

Pero al lado había un montón de cuartillas y, en cada una de ellas podían verse una docena de firmas de Elynor. Barnes estuvo pensativo unos momentos y, al fin, buscó una bolsa. Cargó con todos los rollos de película, metió también la carta y las cuartillas con las firmas y se dirigió hacia salida.

Ahora ya conocía el plan de Janet y sabía que la mujer no había podido llevarlo a cabo, quizá por falta de tiempo, aunque también podía especularse con diversos obstáculos, que no había podido vencer satisfactoriamente. Sin embargo, se dijo, antes de que se acabase el día, Janet sería desenmascarada y los problemas de Elynor habrían concluido.

CAPÍTULO XII

Hacía rato que había anochecido. Hubner, el mayordomo, consultó si servía la cena, pero Barnes le dijo que ya avisarían.

—La señorita Elynor espera una visita muy importante —dijo—. Introdúzcala apenas llegue.

—Bien, señor.

Un cuarto de hora más tarde, apareció Hubner:

—Señorita, la señora Bryce desea visitarla.

—Hágala pasar, Hubner —contestó Elynor.

Sonaron unos tacones en el vestíbulo. Janet apareció de súbito. Vio al joven y se quedó desconcertada, pero cuando miró a Elynor, pareció sentirse aún mucho más asombrada.

—¿Usted...?

Barnes sonrió.

—Siéntate, Janet, por favor —dijo—. Tenemos que hablar mucho.

La visitante obedeció, tras breve titubeo.

—¿Por qué estás aquí, Buddy? —preguntó.

—Porque la joven que se encuentra en este salón es la auténtica Elynor Matton y no la que trabajó una temporada en el Vito's, como tú llegaste a creer.

—Ella es la auténtica heredera...

—No. Te lo hizo creer Alfie, porque yo se lo dije. Así sabría que tú vendrías aquí para entendértelas con la otra Elynor, a la cual estimabas presa más fácil, debido a su pasado y a ciertos hechos que no vienen al caso y con los cuales pensabas presionarla para meter las manos en su fortuna. Habría sido un plan menos arriesgado que el ideado en un principio, ¿no te parece?

Los ojos de Janet brillaron con dureza.

—¿Adónde quieres ir a parar? —preguntó.

—Es bien sencillo. Todo empezó a causa de una afortunada

confusión, cuando Elynor me llamó, creyendo que yo era mi primo, que se llama también de la misma forma. Recuerda, el día en que chocaste con mi coche. Tenías mucha prisa por llegar antes que yo. Te vi parada frente a la verja de acceso a la residencia. Claro que entonces te hacías llamar Rheba Grent, pero tu especialidad son los nombres distintos, como por ejemplo, Jean Bickles, personalidad bajo la cual alquilaste el apartamento de la calle Dawson.

Janet se puso pálida.

—¿Cómo lo has sabido? —chilló.

—No se puede hacer presión sobre la gente de forma indefinida sin que, de un modo u otro, se reciba la respuesta adecuada —contestó Barnes calmamente—. Lou Peale murió, pero a su socio esto no le gustó nada.

—Y te dijo...

—Tus pasos no han sido tan secretos como crees. El plan, sin embargo, era excelente. Podía haber resultado.

—¿El plan? ¿Qué plan? —preguntó Janet, riendo forzosamente.

Había una mesa y, encima, se veían varios objetos, cubiertos con un paño. Barnes lo apartó y dejó a la vista los rollos de película y la carta de Elynor, junto con el puñado de cuartillas llenas de su firma.

Janet se puso lívida.

—Era un plan magnífico —continuó el joven—. Durante meses, has estado estudiando las actividades de Elynor. Incluso has tomado miles de metros de película de ella, en numerosas ocasiones y con vestidos y peinados diferentes, y has pasado horas enteras entrenándote para imitar su firma. En el momento oportuno, Elynor habría desaparecido para siempre, tú habrías tomado su puesto y nadie lo habría notado. Quizá, con el tiempo, habrías corrido el riesgo de que se descubriese la superchería, pero, para entonces, ya habrías conseguido un buen botín y hubieras desaparecido también sin dejar el menor rastro. Todo eso, Janet, se ha ido al diablo.

Se oyó una palabrota grosera. Janet hervía de ira.

—Aun así, no puedes demostrar nada...

—No —admitió el joven llanamente—. En este intento de suplantación, no puedo hacer nada. Pero quizá haya mucho que decir sobre la muerte de Tom Nolan.

Hubner apareció en aquel momento, muy pálido y alterado.

—Señorita, hay un hombre que me amenaza...

Elynor se puso en pie rápidamente, alarmada por el cambio de situación. Detrás del mayordomo aparecía un sujeto que empuñaba una pistola.

Barnes, en cambio, no se inmutó. Sonriendo, dijo:

—Adelante, primo Jeff. Si he de serte sincero, hacía tiempo que tenía ganas de verte.

Elynor comprendió la verdad y lanzó un grito:

—¡Está vivo!

—Su muerte fue una farsa —declaró el joven tranquilamente.

El redondo rostro del otro Barnes aparecía contraído por la ira.

—Maldita sea... ¿Por qué tuviste que estropearlo todo, primo?

—Lo estropeaste tú cuando quisiste hacerte cargo de las actividades de Nolan y lo despachaste para el otro barrio —contestó Barnes sin pestañear—. Tom Nolan había llegado a un *status* de alto nivel en su profesión, ganaba mucho dinero y pensaste que podrías sustituirle sin dificultad. Pero entonces se te ocurrió pensar que alguien podría sospechar de ti y planeaste tu muerte con la ayuda de la dama que está a tu lado y, naturalmente, la involuntaria complicidad de un tipo que sabías lo contaría a todo el mundo. La escena resultó perfecta, Alfie Eastling se lo creyó y así pudiste desaparecer de escena, para llevar a cabo tus planes sin obstáculos.

Pero la cosa empezó a complicarse, cuando Elynor se comprometió con un tipo que no tenía un centavo y que lo único que quería era su fortuna. Por otra parte, Nolan tenía más amigos de los que imaginaste y alguno empezó a recelar de que tu muerte no fuese sino una comedia.

Barnes meneó la cabeza, hizo una corta pausa y prosiguió:

—Alguno se olió que todo era una comedia y quiso sacar su tajada. Posiblemente, Edith Dirkton era una de esas personas que no creían del todo en tu muerte, aunque exteriormente lo demostrasen. Edith, a fin de cuentas, sabía muchas cosas y tuviste que eliminarla, lo mismo que a Peale, y no digamos a Jay Barrett, el mensajero que debía recoger el cuarto de millón y que fracasó lamentablemente. Barrett sí sabía que tú estabas vivo, pero cuando yo le derroté, tú te diste cuenta de que ya no podrías contar con él y que sería peligroso que siguiese con vida. Por eso lo ahorcaste en aquella granja abandonada.

Jeff se enderezó con un gran esfuerzo.

—¿Podrás demostrar todo lo que acabas de decir? —preguntó, desafiante.

—¿Por qué has venido aquí con una pistola en mano?

Hubo un momento de silencio. De pronto, Janet se puso en pie:

—Jeff, tu primo tiene razón. Todo lo que ha dicho es cierto, pero no puede probarlo. Hemos fracasado y lo mejor será que nos larguemos, antes de que resulte demasiado tarde.

—¡Cállate! —gritó Jeff descompuestamente—. Estamos sin blanca, tú lo sabes mejor que nadie. Hemos venido a buscar dinero y no nos iremos de vacío. Janet, llévate a la chica; yo me quedaré aquí, para vigilar a mi primo.

—¿Qué diablos pretendes? —preguntó Janet, desconcertada.

—Un rescate. Todos, en esta casa, permanecerán quietos hasta mañana, a las nueve, cuando abran el banco. Entonces, tú y Elynor iréis al Banco a por el cuarto de millón que no pudimos conseguir.

Jeff miró torvamente a la dueña de la casa.

—Usted no querrá que a mi primo le suceda nada, ¿verdad? —añadió con maligno acento.

Elynor estaba muy pálida, pero se mantenía serena. Movi6 la cabeza negativamente.

—No, no quiero que le suceda nada —respondió—. Pagaré lo que sea...

—Janet, ya has oído. Llévatela —ordenó Jeff.

La mujer vaciló un momento.

—Si me hubieras hecho caso... —se lamentó—. Mi plan era infinitamente mejor. Tu primo tiene razón; al cabo de un tiempo, se habría descubierto la superchería, pero, para entonces, ya habríamos conseguido un millón sin dificultad. Pero no, tú querías hacer tu juego, divertirme pensando en que Tom Nolan ya no era competidor y que ahora ocupabas su puesto. Nolan sacaba dinero a mucha gente y a ti te gustaba conocer los secretos de decenas de personas, que pagaban periódicamente ciertas cantidades de dinero para que no se revelasen detalles inconfesables de sus vidas. Te divertías enormemente, pensando en que tirabas de sus narices como si los tuvieses sujetos por una anilla. Y la diversión nunca da dinero, Jeff.

—¡Cállate, maldita sea...! Haz lo que te digo, ¿me oyes? —gritó el primo de Barnes.

—Está bien, si lo quieres así... Pero acabaremos mal, Jeff.

—No te preocupes por eso y obedece.

Janet asintió y movió una mano.

—Vamos, Elynor.

La muchacha miró a Barnes. Éste hizo un gesto de asentimiento.

—Acompáñala —dijo.

La noche era larga. Su primo flaquearía en un momento u otro, pensó.

—Señorita Matton, recuerde —dijo Jeff—. Si no hace exactamente lo que le decimos, mi primo morirá.

—Descuide, no le daré ocasión para apretar el gatillo de su pistola —contestó la muchacha—. Adiós, Buddy.

—Hasta la vista, es mejor así —sonrió el joven.

Janet se dirigió hacia la puerta. De pronto, Elynor corrió hacia Barnes y le besó fuertemente.

—Quiero verte por la mañana —dijo, con los ojos húmedos.

El joven sonrió.

—Parece como si hubieras olvidado ya a Nathaniel Medcoe-Walls.

—¿Existió ese hombre alguna vez? —rió la chica.

De repente, se oyeron voces en el vestíbulo.

Una mujer chilló, alarmada.

Alguien bramó:

—¡Déjeme pasar! ¡Policía!

Barnes reconoció la voz del teniente Rexford. Su primo se había distraído un momento y, saltando hacia adelante, le propinó un tremendo empujón, que lo lanzó contra la pared.

Jeff vaciló, pero no soltó la pistola. Mientras, Barnes agarraba a Elynor por la cintura y se la llevaba, para ponerla a cubierto detrás de un sofá.

Janet parecía petrificada por el asombro. Jeff se enderezó y giró hacia la puerta. Estaba en el umbral y aún tenía el arma en la mano.

Sonó un disparo. En el vestíbulo se oyeron un par de estampidos. Jeff retrocedió violentamente, giró sobre sí mismo y se desplomó de bruces al suelo.

Rexford apareció, pistola en mano, seguido de un par de agentes de uniforme.

—¿Se encuentran bien? —preguntó.

Barnes asintió.

—Ha llegado a tiempo, teniente, aunque no me explico...

—Se dejó ver —contestó Rexford, señalando el cuerpo caído en el suelo—. Alguien me informó y vine lo más aprisa que pude.

Elynor miró al mayordomo.

—¿Usted, Hubner?

El sirviente se inclinó.

—A veces, conviene que un mayordomo escuche detrás de las puertas, señorita —contestó—. Apenas llamé al teniente Rexford, vino el primo del señor...

—Nunca lo olvidaré, Hubner —sonrió Elynor.

Rexford hizo un gesto con la mano.

—Llévesela —ordenó a sus acompañantes, a la vez que señalaba a Janet—. Tenemos mucho que hablar acerca de varios asesinatos —añadió.

—Fue él —acusó la mujer.

—Sí, claro, está muerto y puede cargar con todas las culpas —respondió el policía sarcásticamente—. Pero usted también tiene algo que ver con todo esto y ya lo averiguaremos en mi oficina.

Luego, Rexford se volvió hacia la muchacha.

—Siento que todo esto haya tenido que ocurrir en su casa, señorita —se disculpó.

—No se preocupe, teniente —intervino Barnes—. Lo olvidará muy pronto, se lo aseguro. ¿No es verdad, Elynor?

—Eso espero —sonrió ella.

Barnes oyó el timbre de la puerta y fue a abrir. Elynor sonrió desde el umbral.

—Hace días que no sé nada de ti...

—Tenía mucho trabajo atrasado. Tú conoces los motivos.

—Sí, pero las personas que trabajan, por lo general, descansan al llegar la noche.

—Hubo días que me acosté pasadas las doce —se defendió él.

—Y... ¿vas a seguir así por mucho tiempo?

Barnes sonrió.

—He nivelado los atrasos —contestó.

—Entonces, podríamos cenar juntos.

—No hay inconveniente.

—Y hablaríamos de nuestro futuro.

—¿Lo crees necesario?

Elynor asintió.

—Sí, Buddy.

—Está bien, podemos intentarlo...

—Ésa no es la frase correcta —dijo ella.

—¿No? ¿Cuál es?

—Lo haremos.

—Creo que tienes razón. Si me permites, me vestiré en unos minutos.

—No tardes, Buddy.

Momentos más tarde, salían de la casa, con las manos juntas.

—¿Sabes? —dijo Elynor—. Una vez me equivoqué al llamarte, pero creo que ese error fue el acierto de mi vida. Si es que entiendes la paradoja.

—Un error que resultó un acierto —rió Barnes—. No está mal. Es todo lo contrario de lo que hizo alguien que creyó acertar y se equivocó.

—¿Quién, Buddy?

—Mi primo. Cuando mató a Nolan, cometió el error de su vida.

Ella asintió.

—Es cierto, pero... si no te importa, preferiría empezar a olvidarlo todo.

—De acuerdo. Ah, y yo quiero decirte una cosa, Elynor.

—¿Sí?

—No voy a echar ahora un discurso sobre tu fortuna y mi posición, pero... me gusta mi trabajo. Quiero seguir como ahora.

—No, eso es imposible.

—¿Por qué? —se sorprendió él.

—Seguir como hasta ahora significaría que estarías soltero.

Barnes lanzó una gran carcajada.

—Cariño, de repente me han entrado unas ganas terribles de casarme —dijo—. ¿Cómo te gustan las bodas: sencillas o de gran ceremonia?

—La única clase de bodas que me gusta es la mía, contigo, cuanto antes, donde sea y sin complicaciones —respondió ella apasionadamente.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 45 PTAS.

